



SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

HEROES SIN NOMBRE

HÉROES SIN NOMBRE

PETER DEBRY

Héroes sin nombre

1ª EDICIÓN
MAYO 1954



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BUENOS AIRES**

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA EDITORIAL:

En colección **SERVICIO SECRETO**:

1 — La brigada de los suicidas. 4 — Sirenas tropicales. 6 — Los cuatro ases. 8 — El castillo de los ahorcados. 10 — Peces de platino. 12 — «Gangsters» en Casablanca. 14 — Valses tétricos. 16 — Los buitres negros. 18 — En busca de una cabeza. 20 — La atómica en Hollywood. 24 — La bella del Bósforo. 26 — La isla orazón. 28 — Los diablos del Ártico. 32 — El pulpo humano. 34 — La pequeña tonquinesa. 36 — Piratería moderna. 38 — Un pistolero en el F. B. I. 40 — Dama «Dinamita». 44 — Doctor Borgia. 46 — Asesinatos en el Estadio. 52 — La muerte lenta. 54 — Plátanos volantes. 56 — Aviones sin rumbo. 64 — El vampiro de Brooklyn. 66 — Cadáveres ambulantes. 69 — Gongo Kong. 71 — Tiburones del Tritón. 73 — Balas perdidas. 77 — Tobillos de oro. 80 — Los muertos no mienten. 91 — La ley del machete. 93 — Calavera de plata. 95 — Horas trágicas. 97 — La dama de los Nenúfares. 102 — La fiera acosada. 104 — Corsarios anfibios. 106 — Trágica apuesta. 108 — Los evadidos de Cayena. 110 — La banda de la zarpa. 114 — El caso del caimán. 117 — Arsénico y estilete. 121 — La red del dragón.

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 — Barcelona

PRINTED IN SPAIN

HEROES SIN NOMBRE



por *PETER DEBRY*

CAPÍTULO PRIMERO

El sol de Florida no penetraba en aquel callejón del Barrio Latino de Tampa, donde las antiguas casas de una sola planta, con ventanas enrejadas, habían soportado sobre sus recios cimientos los pisos que tuvieron que añadirles debido al progresivo crecimiento de la población.

Las casas de aquel callejón eran colmenas humanas, donde, en opinión de la policía, abundaban más los zánganos que las diligentes abejas, y con frecuencia tenían lugar súbitas redadas.

Resultaba difícil el control de las identidades bajo las que se ocultaban peligrosos delincuentes, inquilinos por breve tiempo del Barrio Latino de Tampa, uno de los tantos puertos por los que se infiltraban aventureros de todas calañas, o por el que buscaban vía de escape fugitivos y reclamados de otros Estados.

A las ocho de la mañana de aquel sábado, veintiocho de febrero, el estrecho callejón de húmedo empedrado adquiriría reflejos de verde bruñido, porque el musgo, sobresalía entre los intersticios de los amazotados adoquines.

Hundidas las manos en los bolsillos de sus impermeables, tres hombres avanzaban por el callejón, pisando aplomadamente para evitar resbalar en el verdoso pavimento.

No parecían conocerse entre sí, pero cuando a la mitad del callejón uno de ellos, Link Osborn, desvió sus pasos hacia la derecha, los otros dos casi en fila india, le siguieron acelerando como Link Osborn el paso al atravesar la acera, para penetrar rápidamente en un garaje, cuya puerta estaba entreabierta desde que el campanario desgranó los ocho toques mañaneros.

El último de los tres, Melvin Maxter, empujó con las espaldas la puerta, cerrándola con la zurda, a tiempo que, con inquieta ojeada, recorría el lóbrego espacio entre aquellas cuatro paredes.

A un lado permaneció Raymond Mortimer, mientras Link Osborn avanzaba hacia la única mesa colocada al fondo, y sobre la

cual, una bombilla desparramaba su haz de luz.

Link Osborn, enguantadas las manos, fue apartando herramientas de mecánico, hasta despejar la zona central del tablero sobre el que extendió un plano.

Raymond Mortimer echó una ojeada al interior de la fosa, en cuyo fondo, manchadas de aceite y grasa demostraban que recientemente un coche había sido objeto de repaso.

Melvin Baxter se sentó a medias en una esquina de la mesa y Raymond Mortimer al otro lado de Link Osborn vino a examinar el plano.

—Hace calor aquí dentro —comentó.

—Tapiaron la ventana, y es preferible respirar relente de gasolina pero estar tranquilos. Bueno, Link, tú tienes la palabra, ya que eres el hombre de confianza.

Link Osborn, arqueando una ceja, miró a Baxter, replicando incisivamente:

—Los tres llegamos anoche, y nos tenían preparado este negocio. Me han elegido a mí, como hubieran podido elegir a cualquiera de vosotros dos para llevar el timón. Tengo las instrucciones y puedo anticipar que es un buen plan. Y aunque no lo fuera, hay que apechugar con el compromiso, Melvin.

—De acuerdo, hombre. Ellos nos han dado entrada y nos proporcionan el medio de ganar unos billetes.

—Y es lógico que se lleven también la tajada grande. Vamos al grano, Link.

Link Osborn colocó el índice sobre el croquis.

—Esta es la caite en la que a las nueve en punto tenemos que actuar. En esté recuadro, se halla el Banco al que desde las ocho y media acuden los pagadores de diversas empresas a recoger fondos para las nóminas de salarios. Cada sábado el pagador de la «Oil Gulf» llega hacia las nueve y minutos acompañado por dos detectives privados al servicio de la empresa.

—El asunto está claro —afirmó Baxter.

—En el papel, sí —sonrió sin alegría Link Osborn—. Entran los tres aquí y salen por aquí, para dirigirse al coche con el maletín de billetes. Será mejor que cierres el pico, Melvin, y escuches, Raymond es más inteligente que tú, y se limita a abrir las orejas, como hice yo a medianoche, cuando el que tiene más seso en su uña meñique, que nosotros tres en nuestras molleras me explicó el plan.

—Uno puede comentar ¿no, jefe? —masculló Baxter.

—Después, sí. El coche de la «Oil Gulf» aparcará aquí, y se queda al volante un chofer. Normalmente hubiésemos decidido

emplear un coche cualquiera y ametrallar a la salida, tras recoger uno de nosotros el maletín al dejar fuera de combate al pagador y su escolta. Pero el que nos facilitará documentación bien arreglada para poder transitar por los Estados, o por donde se nos antoje, lo tiene todo bien estudiado. Emplearemos el propio coche de ellos. Ahora escucha atentamente, porque todos hemos de funcionar con un engranaje bien lubricado.

Por dos veces y en su menor detalle, hizo Link Osborn la exposición del atraco.

Y a las nueve menos veinte, cuando ya se disponían a salir, dijo:

—Queda bien entendido que, si uno de nosotros falla, los otros no pueden ocuparse de él. Al que agarren vivo, lo asarán en la silla.

—Al mismo sitio iríamos ya, si al salir de aquí nos reconoce algún policía. Andando, Link. Una cosa es que mandes, y otra que nos quieras enseñar lo que ya tenemos archisabido.

Para abandonar el garaje, cuando ya se hubo ido Link Osborn, consultaron sus relojes Raymond Mortimer y Melvin Baxter, saliendo a intervalos de dos minutos cada uno.

En la Segunda Transversal del barrio moderno, repiqueteaba mansamente la llovizna sobre el asfalto, y en la parada de autobuses, junto al aparcamiento de coches, resguardábamos los que esperaban.

Algunos leían el periódico, como Raymond Mortimer, que lo mantuvo entre sus dos manos, de forma que le ocultara el rostro, hasta que en la plazoleta de aparcamiento penetró, en diestra maniobra marcha atrás, una furgoneta de turismo, seis plazas.

En la madera color miel de la portezuela resaltaba el escudo de la compañía petrolífera "Oil Gulf», cuya sede comercial ocupaba un vasto espacio junto a la playa, dos millas al Norte de Tampa.

Tres hombres bajaron del coche y uno de ellos, que llevaba en la diestra un maletín de piel negra, destacóse, atravesó la calzada rectamente con otros transeúntes, al encenderse la señal luminosa de paso para peatones, y llegó a la acera unos metros antes que los dos detectives de escolta.

Mortimer, doblando su periódico, vio que en la acera de enfrente Melvin Baxter parecía contemplar con aburrimiento el escaparate de una tienda de material para instalaciones eléctricas, protegiéndose bajo el toldo.

Link Osborn encendía un cigarrillo bajo otro toldo, a unos treinta pasos de distancia de Baxter.

Raymond Mortimer estrujó entre sus manos el periódico, al llegar otro autobús, que taponó con su mole la visión de la salida

del Banco.

Pasajeros impacientes por subir le empujaron haciéndole de lado, y arrancó el autobús, mientras Mortimer se inclinaba medio de rodillas, fingiendo anudar el cordón de su zapato.

Dos policías de tráfico pasaron con sus motos, frenándolas al ir a doblar la esquina, obedeciendo la señal de paso de peatones.

Raymond Mortimer, pese al frescor de la mañana, sintió repentinamente que un viscoso sudor mojaba las raíces de sus cabellos.

Reaparecía el pagador seguido por los dos detectives y en aquel preciso instante los dos motoristas daban gas a sus máquinas, pero a él le tocaba actuar.

Dirigióse rectamente a la furgoneta, cuyo chofer poniendo el contacto se disponía a embragar para recoger a los tres hombres que esperaban en la acera frente al Banco.

Al saltar Mortimer al estribo, abriendo ya la puerta, el choferladeó la cara, en cuyo entrecejo chocó violentamente la culata empuñada con la zurda por Mortimer, que en el espacio de segundos tenía que suplantar al chofer y recoger a Osborn y a Baxter.

En la acera, uno de los detectives corrió pistola en mano hacia el coche.

Pero en seguida la automática de Melvin Baxter empezó a tabletear agujereándole la espalda.

Link Osborn disparó contra el otro detective, corriendo a la vez hacia el pagador.

La estridencia de la sirena de una de las dos motos, que viraba en la Tercera Transversal, coincidió con el chirrido de las ruedas de la furgoneta al rozar violentamente el bordillo de la acera.

Sonaron los timbres de alarma del interior del Banco, y cuando los transeúntes reaccionaron pasado el primer instante de confusión, vieron alejarse a gran velocidad una furgoneta con el escudo de la «Oil Gulf» y, lanzados tras de ella como bólidos, dos motoristas.

En la acera frente al Banco, Melvin Baxter yacía muerto, y a su lado, de rodillas, el detective herido que lo había acribillado trataba en vano de ponerse en pie.

Atendían ya al pagador, y una ambulancia acudía a recoger las víctimas, precedida por un coche de la policía, que iba raudo siguiendo la estela sonora de la sirena de los dos motoristas.

Al volante de la furgoneta. Raymond Mortimer pisaba a fondo el acelerador, y a su lado, Link Osborn exclamó, exasperado:

—¡Dale más, imbécil, dale más!

Lívido, crispadas las mandíbulas, Raymond Mortimer imprimió al volante un brusco giro, al percibir de frente la llegada de un coche patrulla.

La furgoneta dió de banda, escorando como un barco, al penetrar en la Sexta Transversal, y agudamente chilló Osborn:

—¡Nos van a copar, imbécil! ¡Teníamos que haber seguido recto hacia la «Oil Gulf»!

Tiró Osborn al asiento posterior el maletín, revolviéndose hacia la ventanilla y apuntando al motorista que rozaba con su manillar el guardabarros trasero de la furgoneta.

Raymond Mortimer viró de nuevo dispuesto a salir a la autopista que enlazaba Tampa con las ciudades del Norte, por el litoral.

En el parabrisas crepitó una corta línea de estrellas, que se truncó al interceptar la cabeza de Link Osborn varios de los disparos efectuados por uno de los motoristas, mientras el otro salía proyectado a un lado de su máquina, que en el asfalto rodo petardeando, vertiginosamente, girando en aspa sobre sí misma.

Raymond Mortimer frenó con brusquedad al distinguir, a medio centenar de metros, el coche patrulla que, atravesado, interceptaba el paso.

No se veía a nadie en las aceras, ni en la calzada, detenidos los coches y agazapados sus ocupantes.

Al frenazo rebotó hacia delante, golpeando con la muerta cabeza Link Osborn el parabrisa astillado.

Cogiendo el maletín, Raymond Mortimer saltó del coche, para correr en zig zag hacia el callejón lateral y descendente.

El trepidante ladrido de la moto perseguidora, obsesión constante para el pistolero, le hizo parapetarse tras una columna de anuncios contra la que se aplastó, encañonando hacia el motorista.

La moto pasó como una exhalación, virando a unos veinte metros y desapareciendo.

Raymond Mortimer, sudoroso y jadeante, comprendió que estaba cercado... Desde lejos, le llegó a los oídos la voz inexorable de un policía del coche patrulla, que avanzaba con la metralleta encañonándole:

—¡Manos en alto, tú!

Un rictus abyecto, de terror, de furia insana desfiguró el rostro del pistolero, que permaneció unos segundos inmóvil.

Y desde el otro sitio, otra voz conminó autoritaria:

—¡Tira la pistola al suelo, muchacho!

Cuando oía los pasos firmes acercarse en cerco completo, un

sollozo de rabia arañó la garganta de Raymond Mortimer.

Llevaba una fortuna en aquel maletín y de pronto, comprendió, aunque tarde, que la entrega de una falsa documentación se la hicieron pagar muy cara aquellos desconocidos que formaban la organización que facilitaba la inmigración clandestina.

Porque eso era lo malo, que no conocía a los que habían entregado el plano y las instrucciones a Link Osborn.

Iba a ir a la silla eléctrica, sin poder siquiera delatar...

Giró veloz sobre los tacones, disparando frenéticamente, presa de enloquecido y rabioso terror.

CAPÍTULO II

—Le presento al capitán. Fred Howard, señor. Capitán, informe detalladamente al señor Mason, enviado por la Comisión Fiscal de Tallahassee.

Se retiró el que había efectuado la presentación, y el fiscal Mason, sentándose, calase las gafas «Truman» antes de extraer de su cartera unos folios cosidos con cubierta protectora de plexiglás.

El capitán Fred Howard, inspector de los servicios policiales de las ciudades más importantes de Florida, exceptuando Tallahassee, la capital, despertó pacientemente.

El fiscal Mason se aclaró la garganta con tos de profesional severidad.

—Ante todo, capitán, le ruego que no me considere enojoso, ni propenso a fáciles críticas acerbas. Yo no ignoro las dificultades con que han de luchar los representantes armados cuya misión es capturar al que infringe cualquier ley. Pero es innegable que existe un resurgimiento de la delincuencia más sangrienta, cuyas causas no me incumbe ahora profundizar y es también indiscutible que la policía de Palm Beach, Daytona, Tampa y de esta ciudad, Miami, debe forzosamente haber progresado en sus métodos de investigación.

—Nuestro compromiso es superar a las bandas de delincuentes en organización, señor fiscal.

—Entonces... ¿cómo debo calificar este expediente?

Los manicurados dedos del fiscal teclearon sobre el plexiglás, que transparentaba varias líneas mecanografiadas:

«Informe de las investigaciones referentes a las actividades de la organización criminal apodada «Gang de los Tres Hombres Malos».

»Investigaciones realizadas en Palm Beach, Daytona, Miami y Tampa.

»Expediente controlado por el capitán Fred Howard».

—¿Qué truculencia es esa de los Tres Hombres Malos, capitán?

—Es necesaria una etiqueta para nuestros archivos y usted, señor fiscal, es el menos indicado para llamarlo truculencia, ya que su conocimiento de la criminalidad del tipo que nos ocupa le hace

saber que siempre existe una anormalidad truculenta en quien elige apartarse de la normal situación de ciudadano. Y no son hombres corrientes los que han dejado «huellas blancas»¹ en las cuatro ciudades reseñadas. Y en cada una de ellas, actuaron tres pistoleros. Tres hombres fichados como malvados sin perdón, que pudieron huir en anteriores fechas y que eran buscados fuera del continente. Han reaparecido de tres en tres, y de ahí proviene la calificación común a los cuatro casos.

—Hace ya más de seis meses que en Palm Beach tuvo lugar la primera acción delictiva de esta banda y en la capital existe una campaña de Prensa contra los servicios que usted inspecciona, capitán. Los periodistas le acusan de incompetencia.

—Ellos hacen lo que deben y yo procuro también cumplir, al igual que todos mis compañeros. Pero los señores periodistas parten de un error al calificar de banda a tres criminales que aparecen esporádicamente y sin nexo de unión, con los otros tres que en otra ciudad, días más tarde, matan y mueren. De todos ellos, sólo dos lograron escapar y tenemos la convicción de que nunca volverán a reaparecer.

—No le entiendo bien, capitán.

—Una banda organizada en asociación desde el que planea basta el abogado que los intenta defender si son atrapados algunos de ellos en nuestro Estado, cae pronto. Pero las averiguaciones hechas me permiten afirmar que esta vez se trata de una organización escurridiza, porque se dedica simplemente a facilitar la inmigración clandestina, eligiendo en determinado lugar, fuera de nuestro continente, a tres pistoleros dispuestos a obtener los documentos que les permitan viajar por el mundo, abandonando ya la condición de permanentes lobos forzados a ir de madriguera en guarida.

—¿Y ellos se dejan matar?

—Perdón, señor. Ellos matan a gente honrada, a compañeros nuestros, porque son criminales que tienen el índice enfermo desde que tocaron un gatillo. Y si les ofrecen documentación y un plan de atraco que les proporcionará, al parecer, dinero abundante y fácil, aceptan encantados. Hace exactamente seis meses y cuatro días, en Palm Beach tres sujetos asaltaron los Almacenes Bealby. Una pobre muchacha que pretendió alcanzar el timbre de alarma fué muerta a balazos. Era un sábado, y a las cinco de la tarde la caja principal registraba un total de cuarenta y seis mil dólares con quince centavos. Al salir, emplearon uno de los camiones de los propios Almacenes, y dos de ellos murieron tras sostener un tiroteo con mis compañeros. Eran individuos fichados y reclamados, de los que

teníamos constancia de que trataban de escapar a la «Interpol», en alguna de las miles de islas de las Antillas.

—Uno escapó.

—Cierto. El que los testigos describieron como alto, flaco y de cabellos grises. Pudo llevar el dinero a los que tenían que darle documentación, pero aquella misma noche apareció, flotando en el mar, con una brecha en la nuca. Tengo la convicción que lo mataron sus inductores al atraco.

—No me presente convicciones, sino pruebas, capitán. En el asalto de la joyería de Daytona, la policía identificó a los atracadores muertos como a dos evadidos de Alcatraz y un reclamado por tres Estados. ¿Es que en el Estado de Florida los evadidos y reclamados circulan en plena euforia por nuestras calles, capitán Howard?

—Entre atraco y atraco, dejan pasar meses.

—No eluda la respuesta. ¿No controlan sus servicios el reglamentario censo de población flotante?

—Hay una organización clandestina de infiltración de sujetos fuera de la ley, como los que la policía capturó en...

—¿Capturó? Los mató.

—Porque no son individuos que se dejan capturar vivos, ya que saben que no tienen la menor esperanza de escapar a la silla eléctrica. Son tandas de tres pistoleros seleccionados para apretar gatillos hasta el fin, como Raymond Mortimer. Y es fácil deducir que la misma organización que introduce clandestinamente sujetos reclamados y peligrosos, cada vez selecciona a tres de los que no se rinden, y, por lo tanto, imposibilitan todo interrogatorio.

—En el caso de Raymond Mortimer, creo que la policía no sacó partido bastante, capitán.

—Mortimer tenía en el cuerpo seis balazos, y en su rápida agonía lo que dijo fueron incoherencias. Pero incoherencias que han permitido comunicar a la Interpol que sus agentes siguen la buena pista por los Keys.

—Y mientras, a la próxima actuación de tres pistoleros, iniciaré contra usted un expediente de destitución, capitán Howard.

—Me consta.

—¿Y permanece usted brazos cruzados?

—Hace seis meses me crucé de brazos indignado. Dos meses después, a raíz del atraco de Daytona, empecé a tener malas digestiones. Y cuando semanas más tarde, otros tres hombres malos asaltaron el hipódromo de la ciudad, tuve que visitar al médico para que me recetara un soporífero.

—Celebro que conserve usted aún restos de salud y humor, capitán.

—Verá. Es que la próxima vez que actúen otros Tres Hombres Malos lo sabré con suficiente anticipación.

Y el capitán Howard se dió por desquitado ante la estupefacción que revelaba el severo y ascético rostro del fiscal.

—Antes de explicarle cómo les indiqué a los agentes de la Interpol que dedicaran especial atención a las Antillas, en el arco de las Diez Mil Islas, bueno es que conozca mi particular concepto de esta zona. Geográficamente, los manuales escolares describen la costa occidental de Florida como un vasto arco que en forma de gancho parece anzuelo pescador en las pintorescas aguas del golfo de Méjico.

—Un anzuelo que se disloca formando el archipiélago de las Diez Mil Islas. Y los Key.

—Eso es. Unos islotes coralíferos o calizos extendiéndose millas y millas, fascinantes para los pescadores ansiosos de verse retratados junto a un pez espada.

—Yo mismo procuro una vez por año pasar unos días en los Key.

—Pero usted va allí a retratarse abombando el torso, junto a su pez capturado, como un turista más. ¿Nunca ha intentado atrapar con lazo a un pez escurridizo? Pues este deporte es el que practican mis colegas de la Interpol en los Key, pilastras de un puente imaginario tendido desde Miami a Cuba. Miles de islas, donde se confunden viajeros de muchos países, donde ninguna raza deja de estar representada, pero donde en muchos de esos islotes, no hay ni puede haber representación policial. ¿Locales típicos para turistas? Los hay, sí, señor. A millares, viviendo de explotar el tipismo, el confusionismo de raza, por lo que se hace difícil reconocer y diferenciar a turistas como usted de hombres como Raymond Mortimer. Y allí es donde trata de pescar uno de los ases de la «Interpol».

—Comprendo, pero tiene usted ya años de veteranía, capitán, para atribuir con tanta seguridad éxito al sistema demasiado popularizado por nuestro cine: el policía que se infiltra, que bucea, hasta lograr enrolarse en la banda dispuesto a descubrir al jefe desconocido. La mayor parte de estos intentos terminan con la muerte del anónimo héroe. Un policía tiene un fondo de acrisolada honradez, que le hace buscar al criminal para que se cumpla la inexorable máxima de que el delito es castigado siempre. Y un policía entre pistoleros, es como colocar un caballito de mar en un vivero de arañas venenosas.

—Salvo si un as de la Interpol asusta a las propias arañas venenosas, por su aspecto de hombre malo. Y este es el hombre que se halla ya en camino hacia el punto de arranque de la organización clandestina: Spring Key, uno de los Cayos Marquesas.

—Me intriga su as de la Interpol. Si tan organizada está la banda, harán investigaciones acerca... el supuesto hombre malo.

—Y encontrarán un historial legítimo.

—¡Eso sí que no lo entiendo!

—La Interpol nos enviará el informe completo, señor fiscal, cuando su agente llegue a la meta. Por ahora, viaja hacia Spring Key, que fué una de las varias incoherencias que dijo Raymond Mortimer y que comuniqué a la Interpol.

—No conozco Spring Key.

—Yo tampoco conozco la identidad del policía que en Spring Key tratará de ser uno de los Tres Hombres Malos que la próxima vez han de actuar en nuestro Estado. De todo corazón, le deseo éxito en su camino por terrenos tan pantanosos y escurridizos.

CAPÍTULO III

La pequeña goleta era una de las tantas que prestaba servicios mixtos, de transporte de mercancías y turistas, entre los muchos islotes que formaban los núcleos de Cayos Marquesas, Tortugas y Key West.

Solían muchas veces alquilarse por días a los aficionados a la pesca mayor, y en los intervalos prestaban un servicio libre de transporte, como la «Gipsy», cuyo piloto, Hal Kerrigan, era ya un veterano en el periplo comprendido entre Cuba y el litoral del golfo de Méjico.

En aquel nueve de marzo, la «Gipsy» ancló a media mañana en Tiffon Harbour, uno de los Cayo Tortugas, y descendieron varios pasajeros, cuyo principal equipaje lo constituían arreos de pesca.

La próxima y última escala de la «Gipsy» era Spring Key, donde residía el piloto Kerrigan. Travesías cortas, en un mar de esmeralda, bajo un cielo de cobalto, un aire tibio, impregnado de efluvios enervantes y en rededor de la quilla encajes de espuma susurrante.

Subió a la goleta un pasajero, que a cambio del tiquet que por un dólar le daba pasaje hasta Spring Kay, firmó en el libro registro que le presentó uno de los tres marineros a las órdenes del piloto Kerrigan.

Puso con letra clara:

«Alex Mortimer».

Y fue a sentarse en uno de los balancines bajó toldo, a proa, en el reducido espacio destinado al pasaje de cortas travesías.

Desde la cabina de mando, Hal Kerrigan, poseedor de una vasta experiencia en reconocer a los aventureros, clasificó como peligroso al elegante individuo que parecía embelesarse en la contemplación del pintoresco ambiente del puerto tropical, antiguo punto de cita de piratas.

El pasajero con rumbo a Spring Kay, vestía un fresco de otomán gris sedoso y de brillante tornasol, de corte perfecto, y calzaba zapatos de piel negra, flexibles, bien lustrados, que hacían resaltar el calcetín de seda gris.

Un panamá caro, de cinta negra, completaba su atuendo, que hubiera sido el de un turista rico, a no existir una nota detonante.

La camisa de seda, a rayas negras y amarillas, ha

ciendo juego con la corbata, en la que, sobre el negro raso, se enzarzaban dorados arabescos.

Físicamente, era alto y de elástica figura, y del mismo modo que su camisa y corbata eran la pincelada del «guapo» profesional, su rostro revelaba, aun sonriente, implacable dureza.

Un hoyuelo en el mentón, las compactas mandíbulas, los labios llenos, pero sin blandura, y los ojos negros, al igual que el rizado y corto cabello hacían de Alex Mortimer un hombre atractivo.

Pero el piloto Kerrigan había visto a bastantes sujetos parecidos exteriormente a éste convertirse en repulsivos canallas:

Cuando el timonel se hizo cargo del rumbo. Hal Kerrigan, mordisqueando su habano, paseó por el entrepuesto, habiendo ya clasificado a Alex Mortimer como a un tiburón más de los Key.

Kerrigan vestía cómodo. Una camisa blanca de malla, un pantalón de sarga azul y sandalias de piel con suela de cáñamo, y su robusta constitución lo hacía imponer orden en numerosas ocasiones, pues el temperamento fácilmente predispuesto a la pendencia de los marineros se enervaba más en aquel clima tropical.

Varias veces pasó por delante del pasajero con el propósito de entablar conversación, pero la mirada de Alex Mortimer reflejaba una total indiferencia.

No había más pasajeros y el piloto decidió aplazar para más tarde su conocimiento con el que había firmado Alex Mortimer y se disponía a desembarcar en Spring Key.

Pero faltando minutos para que la goleta, ya emproada, anclase en Spring Key. Alex Mortimer dirigióse hacia la banda de estribor, en la que se acodó de espaldas al islote.

En el timón, Kerrigan empujó la palanca colocando a media marcha los dos motores, y miró hacia el que le interpelaba:

—Si no es molestia, capitán, ¿se halla lejos del puerto la calle Lafayette?

—Es aquella avenida entre palmeras, a la derecha del kiosco de techo blanco y picudo. Apenas a cinco minutos de mi embarcadero.

—Gracias.

Y Alex Mortimer, volviéndose de espaldas, contempló el semiarco de la rada. Un paisaje más de los típicos en aquel conglomerado de islotes, donde los colores solían armonizar en pastel blando.

Azul de mar y cielo, rojizos peñascos, verdes colinas y blancas casas enjalbegadas de cal, entre jardines y palmeras.

Los espigones del puerto daban acceso a un dédalo de almacenes

y barracas, tras las que aparecía la avenida comercial, surcada por pequeños autobuses llamados «guaguas».

Tras la avenida comercial, los callejones de establecimientos dedicados a proporcionar bebida y diversión al turismo.

La calle Lafayette tenía carácter mixto. Abundaban las tiendas de artículos para la pesca, entre las que se hallaban cafeterías y algún que otro cabaret.

Alex Mortimer examinó el escaparate del número 16, donde se exponían instrumentos musicales: armónicas, acordeones, guitarras y partituras.

Empujó la puerta y examinó rápidamente el interior. A la derecha había un mostrador y estantes, y al fondo, junto a una puertecilla velada por cortina de corales ensartados, un plano.

De espaldas a él, un hombre, sentado en el taburete deslizaba por las teclas unos dedos poco ejercitados en aquel menester.

El crespo cabello rojizo resaltaba, por contraste, con el traje de blanco dril y el bronceado de la nuca ancha y maciza.

Giró sobre el taburete, mirando interrogante al recién llegado. Bajo la estrecha frente, los ojillos azules tenían penetrante dureza en el enjuto rostro de labios delgados.

—Hola —dijo Mortimer, llevándose el índice al borde del ala de su panamá—. Busco al dueño.

—Yo también. El negro que atiende a los clientes ha ido a avisarlo. Me llamo Bruno Delaney.

—Tanto gusto.

Alex Mortimer atrajo una silla y la cabalgó con el respaldo contra el pecho y de espaldas al tabique lateral opuesto al mostrador.

El pelirrojo, frunciendo el entrecejo, comentó:

—Si me presenté, fué porque desde que entraste me dió el pálpito que en algún sitio nos conocimos tú y yo.

—Es posible, y depende de los sitios por donde anduviste.

—¿Has estado alguna vez en Tampico?

—Me dijeron que en Spring Key no había preguntones.

Bruno Delaney, levantándose, se ajustó la americana cruzada, y después, yendo hacia el mostrador, se acodó en él, enfrentándose a Mortimer sentado a unos tres metros.

—Yo no pregunto nada, pero si los dos buscamos al dueño, y me da el pálpito que te conozco, no hay mal en charlar un poco. Es mi primera visita a Spring Key. Me ahorré el gasto del viaje desde Nasseu, porque fuí invitado por el dueño de un yate. ¡Suerte que tiene uno! Yo he visto retratada, tu cara, amigo. Y juraría que fué

en Tampico, hará cosa de unos meses.

—No te escarbes los sesos, Bruno Delaney. No fué en Tampico donde me viste retratado.

—¿En Laredo? Bueno, me da igual. Tanto me importa que seas el Príncipe de Gales viajando de incógnito. ¡Para lo que me has de servir!

—Seamos corteses siempre, Delaney. Si tú crees conocerme, yo por ahora no tengo idea de quién eres.

Tocándose el pecho con índice incurvado, Bruno Delaney replicó con aspereza:

—Soy alguien, y puede que algún día te enteres. Y no te habría hablado con tanta confianza, de no estar seguro que somos del mismo gremio.

—¿Eres también viajante de comercio? —sonrió Mortimer.

—A otro con el cuento. Me da el pálpito que tú viajas por las mismas razones que yo. ¿Conoces bien al dueño?

—Mucho.

—Entonces, verás como no hay motivos para que estés receloso. Hace cosa de unos tres meses, el dueño de esta tienda me propuso un pequeño negocio en la Bahama; y cuando se marchó de allí para regresar a esta isla, me dió esta dirección por si un día me veía yo un poco apurado.

La puerta abanicó, y Hal Kerrigan, el piloto de la «Gipsy», avanzó mordisqueando su habano.

—Sueños días. Me ha avisado el negro que un visitante buscaba al dueño.

—Yo —dijo Delaney—. ¿Y dónde diablos está el dueño?

—Yo soy el dueño de esta tienda.

—¿Desde cuándo? —intervino Mortimer, poniéndose en pie.

El piloto Kerrigan examinó a su reciente pasajero.

—¿También busca usted al dueño?

—Sí. A Raymond Mortimer.

Hal Kerrigan pasó tras el mostrador, dejando en un estante su amarillento jipi.

—En Tampa, hará poco más de una semana, acribillaron a balazos a Raymond Mortimer. Está más que muerto el hombre por el que preguntan ustedes dos.

Bruno Delaney miró internamente al piloto y al hombre que él intentaba recordar dónde lo conoció.

Crispadas las mandíbulas, mordiéndose los labios, Alex Mortimer repiqueteaba sobre el mostrador. Y al cabo de un instante de silencio dijo en voz baja:

—Me llamo Alex Mortimer, y Raymond era mi hermano.

De debajo del mostrador, extrajo Kerrigan un frasco, que colocó sobre la madera, y después alineó tres vasos chatos.

Escanció en ellos el claro ron cubano, y dijo:

—Comprendo que le haya afectado la mala noticia, Mortimer, si la ignoraba como parece.

Bruno Delaney bebió de un sorbo el contenido de su vaso, y comentó:

—Yo vine a hablar con Raymond, y también me ha pillado de sorpresa la noticia. Hablad tranquilamente, mientras me doy un paseo. He de buscar un sitio donde alojarme unos días. Hasta otra, señores.

—Vuelva cuando quiera, amigo. También estaré unos días por la isla.

Esperaron ambos a que saliera Delaney, y rechazó Mortimer la oferta de Kerrigan que presentaba el gollete de la botella sobre su copa, tapándola con la zurda.

—Este local era propiedad de Raymond. Yo mismo le envié el dinero para comprarlo, hará cosa de dos meses, desde La Habana.

—Y él hablaba muy bien de su hermano Alex, y cierta noche, cuando ya nos habíamos hecho buenos amigos, hasta me dijo que tenía remordimientos por aquel asunto de la joyería de Veracruz.

—Raymond tenía arrechuchos de superstición. Allá en Veracruz, el día antes de visitar yo la joyería, le dió a Raymond por querer disuadirme. Había visto dos gatos negros, me dijo, y se le antojó que traer a mala suerte. Cuando faltaban unos pasos para llegar a la joyería, me dejó solo. Yo nunca se lo reproché.

—Pero él decía que los minutos que le hizo perder a usted, al negarse a ayudarle, fueron los que permitieron que la policía llegase a tiempo.

—Así fué, pero el pobre chico no tenía culpa, ya que a cualquiera le puede ocurrir el tener un momento de debilidad.

Hal Kerrigan, encendiendo otro habano, dijo entre dientes:

—Raymond le suponía en el presidio de Veracruz.

—Desde donde me hubieran trasladado a Nueva York, tan pronto llegaran los agentes con la extradición firmada. ¿Conoce usted Veracruz, amigo?

—Bastante bien. Me llamo Hal Kerrigan, amigo.

—El presidio de allá tenía un jardín, y uno de los reclusos me arrojó un azadón con una cuerda. Al instante me sentí otro. Y tuve suerte, porque aquel presidio no era del tipo de Sing Sing. Una vez fuera no me fué difícil encontrar dinero y escape. Pero

¡condenación! ¿A qué tenía que ir Raymond a Tampa? Sabía que allí lo atraparían apenas pusiera los pies en cualquier calle.

—Le aburría esta isla, y el clima no le sentaba bien. Encontró a dos amigos y decidieron probar suerte. Lo que más obsesionaba a Raymond era poseer una buena documentación, para poder ir a otra parte. Yo le recomendé paciencia, asegurándole que a la larga se acostumbraría a este clima, y sobre todo, a la seguridad que aquí le rodeaba, porque la policía viene alguna vez pero hay escondites seguros. En fin, hice lo que pude por alejarle de su manía de irse, pero llegaron dos individuos los que ya conocía, y ellos le acabaron de convencer. También los liquidó la policía en Tampa.

—¿Le vendió Raymond el local, Kerrigan?

—Nos bastaba a los dos un recibo, ya que, en realidad, una cosa es la propiedad de esta casa y otra el arrendamiento.

—Ya lo sé. Raymond me escribió, y su carta llegóme por conducto de una amistad a La Habana, desde donde le giré a Raymond para que adquiriera el traspaso de esta tienda, y pagase el año anticipado que exigían. Lo hice así porque siempre es bueno tener un sitio donde estar.

—Puede quedarse, Alex, el tiempo que quiera. Yo fuí un buen amigo de Raymond.

—Acepto.

—Le enseñaré el recibo firmado por Raymond.

—No me hace falta, Hal.

—Como no es hora de venta, cerraré, y luego le mostraré las habitaciones. Una vez Raymond me dijo que entre usted y él podrían montar aquí mismo un buen negocio de contrabando.

—Sin documentación en regla cualquier negocio fracasa, si se tienen ambiciones.

Apartando Kerrigan la cortina, ambos entraron en una sala comedor, atravesándola, para abrir otra puerta, donde un corredor comunicaba con un patio.

Abriendo la puerta de un dormitorio, que comunicaba a un lado con un cuarto de aseo y al otro con el patio, señaló Kerrigan la tapia poco alta:

—En caso de una visita inesperada, hay fácil salida, Alex. ¿Conoce bien al pelirrojo que preguntaba por Raymond?

—Se llama Bruno Delaney, es italo-canadiense, y lo último que supe de sus andanzas era que trabajaba como pistolero de un italiano metido en negocios del puerto de Nueva York. Me gustaría dormir un poco...

—Con toda tranquilidad, amigo mío. Comprendo que la mala

noticia le ha apenado. Si le parece bien, podemos cenar hacia las siete, y después le llevaré a unos cuantos sitios que vale la pena conocer.

—De acuerdo. Hasta luego, y gracias, amigo.

CAPÍTULO IV

El «Spring Casino» poseía, como los demás locales semejantes que abundaban en los Key, el privilegio de expender toda clase de bebidas, y en las mesas de tapete verde, el *poker* y la ruleta podían funcionar sin temor a irrupción de la policía.

No había atracciones ni baile, y su concurrencia componíase de turistas y comerciantes de la isla, que preferían beber y jugar concentrándose en lo que hacían sin distraerse en la contemplación de artistas o «taxi-girls».

Había también una sala de billares, y, anexa, la cafetería, sede de tertulias, generalmente con el mismo tema: las proezas o fracasos en la pesca mayor.

Bruno Delaney, en mangas de camisa, daba tiza al taco, jugando solo, cuando vió entrar en la cafetería a un individuo alto y flaco, de rostro achatado, en el que el bigotillo parecía un trazo de tinta china sobre el labio superior que, entreabierto, dejaba ver una blanquísima dentadura.

Vestido de dril blanco, tenía el aspecto de un cubano, y cuando le vió sorber el café, Delaney decidió mentalmente que lo era.

Sólo un centroamericano podía beber con golosa delectación a las siete de la tarde el caliente brebaje negro.

Iba Delaney a fijar de nuevo su atención en la bola de marfil, cuando, inclinado sobre la mesa, su trayectoria visual dió de lleno con un individuo que, al exterior, en la acera, miraba a través del cristal hacia la barra del café.

Hacia el alto sujeto que, dejando la taza sobre el zinc, la señalaba al camarero, para después apuntar a la cafetera de vapor.

Bruno Delaney, instantáneamente, por experiencia, adivinó al policía en el que desde el exterior espiaba los gestos del bebedor de café. Y abandonando sobre la mesa el taco, revistió su americana, sin importarle los diez minutos de juego que aun le pertenecían según el marcador tipo taxímetro.

Fué a colocarse al lado del bebedor de café, cuyo codo rozó. El flaco cubano, de anchas espaldas, sonrió al oír:

—Perdone usted.

—No tiene importancia.

Bebía café como un cubano, pero hablaba un inglés netamente

yanqui, aprendido por el norte, meditó Delaney.

—¿Se da bien por aquí el pez espada? —inquirió el del bigotillo.

—No tengo la menor idea, porque llegué esta mañana. Me llamo Bruno Delaney. Y puede que le convenga saber una cosa.

—Puede que sí, puede que no —replicó el que pagaba los dos cafés ingeridos.

Sonreía, pero sin la menor simpatía.

Bruno Delaney señaló; hacia el interior:

—Me aburría jugando solo al billar, y me da el pálpito que, si ha llegado usted en el bateo de las siete, iba a bordo alguien que le sigue los pasos. No mire a la terraza.

—Vamos hacia dentro, Delaney. Siempre es de agradecer un aviso de esta clase. ¿Qué facha tiene éste que usted seguir mis pasos?

—Inconfundible, porque no lo pueden disimular. Todos ellos caminan y miran de igual manera. Pero yo creía que por estos Cayos venía escasas veces la policía.

Atravesaban ya la sala de ruleta, dirigiéndose hacia los jardines posteriores, donde había glorietas en torno a una piscina, y varias alamedas, por una de las cuales se llegaba a la avenida playera.

Y ambos caminaron en silencio hasta abandonar el Casino, para, como otros transeúntes, aspirar el fresco del malecón que a unos doscientos metros dejaba de ser cinta asfaltada, con aceras amplias, y se convertía en carretera serpenteando por la colina de chalets residenciales.

Hacia ellos iban los dos, en silencio, hasta que en una pilastra se detuvo Delaney para encender un cigarrillo que acababa de ofrecerle su acompañante.

Y exhalando la primera bocanada, murmuró:

—Lleva un traje azul, camisa blanca y sombrero gris. Ahora mismo, a unos treinta pasos en la otra acera, está atravesando la calle.

—Puede que te busque a ti, Delaney —sonrió el flaco individuo del bigotillo, reanudando sus pasos hacia el camino de la colina—. Pero me apostaría un billete grande, si lo tuviera, a que es un tipo de la Interpol que me sigue desde que tomé el barco en uno de los Cayos Marquesas. Hoy por mí, mañana por ti, Delaney.

—Si el policía te conoce, se toma tiempo para ponerte las esposas, cubano.

—Porque le interesará saber con quién tiene que entrevistarse Steve Romero, tu agradecido servidor. Y así resulta que al verme contigo sacará una falsa deducción. No he venido a buscar drogas,

ni a tratar con nadie, pero esto sólo me consta a mí. Mi intención era llegarme a Key West, pero me olí que tenía alguien a mis tacones.

Por la carretera, que a un lado daba sobre el mar y al otro era flanqueada por jardines y parques, había bancos espaciados, pero salvo alguna pareja rezagada no transitaba gente cuando los dos hombres llegaron a la explanada de la cima.

Y Steve Romero permaneció quieto en la pequeña rotonda cubierta, convertido, de sonriente zorro, en humano lobo.

—Mejor que te vayas, Bruno. Yo me basto para entendérmelas con el policía, si es que ha tenido las agallas de seguirnos.

—Me consta que esos tipos, cuando le siguen a uno, pierden la prudencia.

En la oscura rotonda. Steve Romero, adosado al entrante más en penumbra, advirtió:

—Colócate más atrás. Bruno. Desde lejos te delata el blanco.

Obedeció Delaney, cuyo hombro quedó en contacto con el de Romero, que, entornados los párpados, examinaba el trecho de carretera iluminado por un farol, erecto al principio de la explanada.

—Tendría que verle la cara al del traje azul, porque puede resultar que sea un espía, de Blasini.

—¿Blasini? ¿Luke Blasini?

—Que yo sepa sólo hay un Blasini, que se cree emperador de la droga. Ya una vez me envió a uno de sus muchachos, que deseaba, advertirme los inconvenientes de trabajar la droga por mi cuenta particular...

Bajando la voz hasta convertirla en un susurro, añadió Romero:

—Me basto solo, y te quedas donde estás.

Bajo el haz rojizo del farol acababa de pasar el hombre del traje azul y el sombrero gris.

Avanzaba rozando la ladera edificada, pero que en la explanada era sólo muro de contención de solares propiedad de una empresa maderera, cuyos almacenes se hallaban al otro lado de la colina.



Un sollozo arañó la garganta de Raymond Mortimer...

Steve Romero pareció hurgarse con dos manos el sobaco izquierdo, y Delaney oyó netamente el suave chirrido de un tubo silenciador enroscándose en las estrías de una automática

El hombre del traje azul había dejado de seguir el amplio viraje y avanzaba hacia la rotonda, en cuyo centro, en plataforma, hallábase el mirador cubierto con techo abovedado, dentro del cual Bruno Delaney se aplastó aun más contra el cóncavo tabique.

Las suelas de goma del que se acercaba no hubieran hecho el

menor ruido en cualquier sitio normal, pero allí, donde nadie transitaba, y dos hombres esperaban al acecho, la cautelosa pisada llegaba amortiguada, aunque audiblemente clara.

Y dejó de oírse cuando los zapatos rozaron de puntera el dintel de acceso al mirador.

Conteniendo su respiración, Delaney vio en la obscuridad el brillo de los dientes blanquísimos y el trazo del bigotillo en el achatado rostro de pómulos salientes.

Y la voz desde el exterior resultó más sonora al decir en inglés:

—No juguemos al escondite, Steve Romero. Y será mejor que el que te acompaña se vaya tranquilamente, mientras tú y yo aclaramos unos puntos.

En la pausa que siguió, hizo Romero un gesto significativo con la zurda, cuyo pulgar apuntaba hacia el exterior. Y dijo a su invisible interlocutor:

—Estoy dispuesto a aclarar todos los puntos que sean, tan pronto se aparte mi acompañante.

Pero el pulgar, a la vez que apuntaba hacia la salida, se apuntaba a sí mismo. Bruno Delaney comprendió.

No era ningún novato Steve Romero.

—Vengo siguiéndote desde Key West, y estamos perdiendo el tiempo, Romero. Has bajado en Spring Key, como podrías haber bajado en otra isla... Que tu acompañante salga con cuidado, si no quiere...

Steve Romero salió con ágil celeridad, inclinado...

Bruno Delaney le vio esgrimir con destreza los dos puños, en atinado «uno dos» que hubiera tumbado a un hombre normal.

Pero el policía no era tampoco ningún novato, y con un salto de costado, elevando a la vez un antebrazo, detuvo el doble golpe.

Al mismo tiempo propinó un gancho de derecha, que alcanzó en pleno costado a Steve Romero, y el antebrazo que había detenido la alevosa acometida, arqueóse en *swing* lateral, dirigido a una sien del que en felino encogimiento pudo esquivarlo por centímetros.

Bruno Delaney avanzó para presenciar las fases del silencioso y sañudo combate.

Steve Romero, que había tocado un instante con las dos manos el suelo, se proyectó de cabeza.

Su contrincante, dando un paso atrás, extrajo del bolsillo derecho de la americana una automática, mas la cabeza de Steve Romero chocaba ya con su estómago.

Cayó sentado el policía, asestando un culatazo de arriba abajo, pero Steve Romero, dejándose caer a un lado, tenía ya en la diestra

la automática prolongada por el silenciador.

El disparo del hombre sentado restalló sonoro...

Y se ladeó lentamente, oscilando unos momentos el busto, mientras, parecidos a los sordos taponazos de champaña descorchado, salían del silenciador tres llamaradas.

La primera hizo que el policía, soltando el arma se llevara las dos manos al rostro. Después contrajo la garganta, y al tercer disparo de Steve Romero, su víctima desplomóse hacia atrás.

El breve pugilato y su epílogo no habían durado más ella de dos minutos.

Bruno Delaney miró recelosamente carretera abajo, y hacia la curva procedente del interior, hasta que acertó de dónde procedía el ruido de un coche acercándose.

—¡Pronto, Steve, pronto!

Steve Romero ya estaba en pie, sacudiéndose la ropa, y tras recoger su abollado sombrero lo tiró dentro del mirador cubierto, para luego, inclinado, asir por los tobillos al hombre inerte.

Lo arrastró al interior, cuando ya Delaney había recogido del suelo la pistola y el sombrero gris, procurando ampararse en la obscuridad del mirador cubierto.

Unos faros iluminaron la explanada, y casi en seguida paso un camión.

Cuando volvió el silencio, Delaney secóse el sudor de la frente:

—Pensé que eran policías atraídos por el disparo de ese.

—Lo oíste demasiado cerca, y te pareció un cañonazo —dijo sarcásticamente Steve Romero, que registraba los bolsillos del hombre al que, después de reclinarlo contra la pared, mantenía sentado aplicándole en el pecho la zurda.

Iba echando en el interior del sombrero gris que sostenía entre las manos Bruno Delaney, varios objetos: una cartera, un llavero, un cortaplumas, un paquete mediado de «Muratti», un rollito de billetes de Banco, sujeto por una goma, una linternita, y por fin, tras tirar al suelo un pañuelo, se irguió sosteniendo una funda con dos cargadores llenos.

—Legítima defensa, diría un abogado, pero hace ya tiempo que no me vale esta atenuante, y más en este caso. Estamos bien aquí, señor Delaney. No es desconfianza, pero generalmente no me gusta tener testigos en casos así.

Bruno Delaney dejó el sombrero del desvalijado, en el hueco del reborde, que daba vista al mar.

—No seas estúpido, Steve. Tanto paga el que liquida a un policía como el que lo presencia y se calla.

—Tú lo acabas de decir. «Al que lo presencia y se calla»...

—Este policía te seguía a ti, pero si llega a saber quién soy, no habría estado tan seguro de que yo iba a irme. Yo trabajé para los Anastairs, de los muelles de Nueva York, y si me pudieran colocar la zarpa encima los de la Federal, no tendrían que pasarme por el banquillo. Ya me dieron la sentencia en rebeldía, porque pude escapar a tiempo cuando hubo trifulca en el muelle norte.

—¿Los Anastairs?

—Enzio, el hermano mayor, con el que trabajé unos años.

—¿Y cómo te tiene abandonado?

—Me facilitó la fuga, dándome unos billetes.

Steve Romero colocó la linternita de doble foco de modo que el haz luminoso formara blanca pantalla en el suelo, invisible desde fuera.

Sus manos abrieron la cartera, en la que dos compartimientos de mica contenían sendas cartulinas. Una de ellas con fotografía, huellas dactilares, un sello especial en grabado hondo, y en torno varios recuadros. Conteniendo banderas de diversas nacionalidades reproducidas en tamaño de centímetro de alto por dos de ancho.

—¿No te lo dije? De la Interpol. Un tal Stuart Williams, domiciliado en La Habana, y que como lo otros de esta banda, recibía instrucciones de cualquier sucursal. Esta gente tiene una organización peligrosa pero nos dan una ventaja al trabajar solos: ¿En qué estás pensando que mascullas entre dientes, Delaney?

—No sirve su documentación, pues sería aun peor que viajar sin una buena «tapadera». Si vas corto de dinero, te compro la pistola esa, Steve.

—No me digas que viajas sin arma.

—Es mejor esta.

—Tuya es. Pero has de ayudarme a hacer desaparecer a Stuart Williams. Lo supondrán siguiéndome, y podré disponer de unas semanas libres. Por estas escaleras llegaremos a la playa.

La Linterna enfocó al agente de la Interpol, en cuya sien derecha una mancha negruzca formaba hinchazón de la que manaba un hilillo de sangre bañando su yugular, hombro y solapa, así como la pechera de la blanca camisa.

Bruno Delaney colocó el vaciado sombrero sobre la cabeza de Stuart Williams, y fué a recoger del suelo el pañuelo, que tendió a Romero, quien lo colocó en el bolsillo superior de la chaqueta ensangrentada.

Había ya devuelto la cartera de identidad, el llavero, el cortaplumas y el paquete de cigarrillos, quedándose con el rollo de

billetes.

Pasaban de vez en cuando coches en uno y otro sentido, muy ajenos sus ocupantes a que en aquel mirador la noche encubría la macabra actuación de dos seres, convertidos en cómplices unidos por un secreto inviolable, porque a los dos comprometía por igual.

Las escalerillas bajaban entre peñascales a una reducida bahía, en la que, sobre la arena, depositó Romero al agente de la Interpol, que hasta entonces había llevado cogido por los sobacos, mientras Delaney enlazaba las flácidas piernas del que media hora antes era un atleta valeroso y decidido.

En la rada, el mar formaba algunos entrantes, donde la resaca arañaba puntiagudos roquizos en anfiteatro en torno a hondas lagunillas.

Steve Romero, quitando la americana del agente de la Interpol, la tendió para ir acumulando en ella arena, que empujaba con el pie, hasta que anudó en forma hatillo las mangas y faldones, y por los intersticios introdujo los dos brazos de Stuart Williams.

Bruno Delaney acababa de ajustarse la funda de dos cargadores, con la pistola del agente en el broche doble y la correa que llevaba al interior del pantalón en la cadera derecha, y volvió a apretar el cinturón.

Vió cómo, lastrado, el cuerpo del agente sumergíase lentamente por entre dos piedras hacia el fondo de una lagunilla.

Steve Romero se frotó las manos en el agua salada, y enderezándose se las secó con su pañuelo, yendo hacia la escalerilla, y luego se ocupó en devolver a su sombrero la forma normal.

—No flotará en semanas, y los cangrejos se cuidarán de darles trabajo a los de identificación —comentó Delaney cuando ya dejaban atrás el mirador.

—No seas bestia, Bruno —dijo algo molesto Romero—. Esto se acabó, y no hay que mencionarlo ya. Williams, al comprender que yo le acechaba, tuvo que jugarse el todo por el todo. Poco faltó para que no lo consiguiera.

—Estuve a punto de intervenir, pero...

—Ya te dije que me bastaba, solo. Ahora me conviene con urgencia una copa de algo fuerte.

—Y a mí también, Steve. Y pues hemos emparejado, podríamos convenir un acuerdo para cualquier negocio. Ya no puedo volver a Nueva York, y estoy sin patrón. Entiendo algo de «stup», Steve.

Este se detuvo un instante para encender un cigarrillo, y bajo el farol, comprobó si había en su traje alguna huella de sus recientes

actividades.

Luego miró a Delaney, que le imitaba.

—Es un negocio complicado, y estoy más que conocido por estas zonas. Además, Luke Blasini juró que un día u otro alguno de los suyos terminaría conmigo. A él no le interesa que haya gente trabajando como yo, por su cuenta. ¿Sabes tú de alguien que pueda proporcionar buena «tapadera»?

—Busco lo mismo. Unos papeles que me permitan transitar por lugares más civilizados. Creo que nos convendría hablar con Alex Mortimer.

—¿Quién es ese?

—Un tipo recio, fugado de varios presidios, que llegó también hoy y se aloja en la trastienda de un local que perteneció a su hermano Raymond, al que no hace ni una semana acribillaron en Tampa cuando llevaba cerca de medio centenar de miles en un maletín. Falló el golpe porque dió la casualidad de que dos motoristas de tráfico pasaban ante el Banco. Lo he leído en la tienda, propiedad de Hal Kerrigan desde que Raymond se fué a Florida. Según me ha dicho Kerrigan, Raymond Mortimer sabía dónde encontrar una documentación inmejorable. ¿A ti te conocen en Florida?

—Sé dónde hay droga, y quién la almacena en espera de que Blasini mande alguien a buscarla. Me gustaría hacerle esta jugada al orgulloso ese de Luke... Te aviso que es un alijo en el que nos podríamos repartir un buen fajo. Pero la cuestión está en cómo llegar hasta Florida, que está tan cerca y a la vez tan lejos.

Penetraban ya por la alameda de acceso posterior al Casino, y en la cafetería, mucho más concurrida que hora y media antes, Steve Romero sorbió con deleite una mezcla de café y ron.

A su lado, Bruno Delaney tomaba un combinado de Martini y ginebra. Dijo al cabo de un instante:

—Yo invito a cenar, Steve. Me parece que he tenido suerte al conocerte.

—Puede que sí, puede que no —sonrió zorrunamente el anglocubano.

—Tienes más sesos que yo, lo he comprobado, Steve.

—Pero también tengo ambiciones, y no soy pececillo que se contenta con poquita cosa. Si puedo dar el golpe que te he dicho, hay dinero largo, pero también habremos de pensar en Luke, que se pondrá rabiosillo.

—Iremos a cenar en cualquier sitio, y después tantearemos cómo responde Hal Kerrigan si le insinuamos que estarnos dispuestos a

pagar un viaje hasta Florida, si sabemos dónde encontrar quién nos proporcione allí papeles con los cuales poder transitar, como es mi idea, por Europa. Hal Kerrigan tiene una goleta, de la que es dueño y piloto.

Ya en la calle, Steve Romero dió su respuesta:

—Prefiero conocer a poca gente, Bruno. Cuenta conmigo para lo que sea, pero entiéndete con Hal Kerrigan. No te fíes mucho de los que presumen de facilitar viajes, pues bastantes de esos pilotos son confidentes de la Interpol.

—Le tienes manía a la Interpol tú.

—Porque son los que te cortan el paso donde menos los esperas. Cuando ya hubieron cenado, pagó Delaney, y levantándose, dijo:

—Voy a buscar a Kerrigan. ¿Dónde te encontraré, Steve?

—Aquí mismo. Hasta luego, compañero.

CAPÍTULO V

Hal Kerrigan acortó el paso al distinguir el rumor de un bisbiseo tras ellos dos, y fué Alex Mortimer el que aclaró:

—Es Delaney, que debe estar buscándonos. No cabe duda que les de los que se ponen enfermos si tienen que andar a solas.

El marinero se detuvo también, y al llegar junto a ellos, dijo Bruno Delaney:

—Os vi salir del «Jolly Joke», y me gustaría poder charlar confidencialmente con usted, Kerrigan. Bien entendido que no me importa que me oigas, Mortimer.

—No hay sitio mejor para charlar que en mi tienda, si urge lo que tiene usted que decirme.

Caminaron los tres por la calle en que se alineaban bares, cabarets y casas de juego, y expuso Delaney:

—Me encontré con un compañero de toda confianza, que como yo está deseando perder de vista estas islas.

—Hay sitios bastante peores, al menos desde mi punto de vista.

—Usted es hombre de mar.

Salían a la calle Lafayette, y poco después, tras de dar la vuelta al interruptor, Hal Kerrigan cerraba con la barra de seguridad la puerta de la tienda.

Bruno Delaney frunció el entrecejo, crispados los puños, porque la sorpresa, además de acalorarlo, le inquietaba.

En su espalda apoyábase un cañón de pistola, y frente a él, Alex Mortimer, hundidas las manos en los dos bolsillos posteriores de su pantalón, inquiría ásperamente:

—¿Se puede saber la clase, de pájaro bobo que eres, Bruno Delaney? No hace falta tu herramienta, piloto. Conozco a los tipos como Bruno, que nacieron para matarifes, y que son borregos tan pronto se quedan sin jefe. Escucha, Bruno, no te hagas el ofendido, ni te supongas que tus antecedentes van a asustarme.

Hal Kerrigan fué al mostrador recogió un frasco de ron, y se dirigió hacia el pasillo.

Bruno Delaney respiró entrecortadamente, clavando unos instantes sus ojillos de desalmado en el rostro que, desde cerca, le miraba con mueca despreciativa.

Por fin, masculló rencoroso:

—Dile al marinero que no vuelva, a repetirme la faena. El mismo, esta tarde, me dijo que podía contar con él...

—Y de buenas a primeras te encuentras a cualquiera y... Seguro que le soplaste que aquí se estaba muy a gusto.

—Es ya la segunda vez que me tomas por un principiante, Mortimer, y estás muy equivocado. Del mismo modo que te reconocí, y supe que podía hablar con toda confianza, no tenía por qué callarme con Steve Romero.

—Vamos adentro, Bruno. Has de comprender que el piloto, para poder ayudar a hombres como nosotros, tiene que estar seguro del terreno que pisa.

En el comedor, sentado en un sillón de mimbre, Hal Kerrigan saboreaba las primicias de un habano, teniendo junto a él, en la mesita, el frasco de ron y una copa.

—Explícate, Bruno, sin bravuconadas. Aquí estás con amigos. ¿Es acaso amigo tuyo ese Steve Romero que has citado?

—Steve Romero trabaja por su cuenta y le sobran agallas. Necesita como yo documentación, porque se cargó a un policía... Lo vi con mis propios ojos. Y puestos a desconfiar, de nosotros cuatro, el que no sabemos qué puntos calza es este marinerito de agua dulce.

—Yo le ofrecí ayuda a usted, Delaney, pero en manera alguna convinimos que fuera pregonando por ahí que yo puedo facilitar entrada en los Estados y llevarles al hombre que les puede dar una buena documentación de identidad.

—Repito que Steve Romero tiene agallas, y además, seso. Yo estoy con él, pero he venido sólo a hablar, ¿no? Tanto a él como a mí nos interesa entrar en Florida.

—¿Y por qué en Florida? —inquirió avanzando el busto Hal Kerrigan apretada la diestra en torno al vaso de ron.

—Primero, porque es el Estado más próximo, y después, porque Romero sabe dónde dar un buen golpe. ¡Y al diablo ya con tantas precauciones y preguntas! Concretamente, marinero: ¿qué precio pide usted para llevarnos a cualquier punto de Florida y decirnos dónde encontraremos al que vende «tapadera»?

—No seas impetuoso muchacho —sonrió Mortimer abanicándose con el panamá—. Si tú respondes de Steve Romero, vamos los dos a verle. Quizá lleguemos a un acuerdo, y entonces vendríamos a charlar con Hal. Hasta ahora, Hal.

—Toma la llave, porque a lo mejor estoy durmiendo cuando vuelvas, Alex.

En la acera, Bruno Delaney resopló furioso, pero fué calmándose

mientras andaban.

A su lado, Alex Mortimer expuso minutos después:

—El marinero se juega mucho en este tráfico, Bruno, porque él tiene barco, tienda, y dinero, además de que la policía lo considera hombre de orden. A nosotros dos nos ha valido el haber conocido al pobre Raymond, que fué gran amigo de Kerrigan. Pero éste vive siempre temiendo que se infiltre algún policía.

—A los policías los huelo yo a cien pasos. Además, te repito que he visto con mis propios ojos cómo Steve Romero liquidaba a uno de la Interpol, que estuvo en un tris que no se lo cargase.

—Es posible, pero también entre nosotros hay listos, que podrían sentir la tentación de hacerle un chantaje al piloto. Déjame tú llevar la voz cantante, mientras tomo contacto con tu amigo.

En el comedor del restaurante donde esperaba Steve Romero, sólo quedaban, en una esquina, una pareja discutiendo en voz baja, y junto a un ventanal abierto, varios marineros terminando de cenar.

El rincón elegido por Steve Romero ofrecía todas las garantías de no ser oído y permitía ver a cuantos se aproximasen.

Bruno Delanay, al sentarse a un lado de la mesa, señaló al que se colocaba frente a Steve Romero:

—Puedes charlar tranquilo, Steve. Te presento a Alex Mortimer.

—¿Qué tal? —sonrió el anglocubano.

—Bien, ¿y usted? Me dice Bruno que le interesa saber dónde encontrar unos papeles en forma para viajar sin apuros.

—Puede que sí, puede que no. ¿Toman café, amigos?

—Un coñac para mí —pidió Delaney.

—Vale —aprobó Romero, alzando tres dedos en dirección al camarero mulato. Y cuando éste se hallaba lo suficientemente lejos, añadió—: A mí, lo que me interesa es entrar en Florida sin que me tomen las huellas en la cabina de indocumentados. Pero añadiré más; con tal de entrar en Florida, por unos días, puedo prescindir de papeles. Ya me las sabré apañar. Pagó yo, Bruno...

Colocó Romero un billete de dólar en la bandeja, diciendo:

—Te guardas la vuelta para comprarte una careta, moreno.

—Gracias, patrón —canturreó el mulato, alejándose de nuevo.

—Es usted generoso, Romero.

—Según y cuándo, Mortimer. Le hablé a Bruno de repartir un beneficio en cierto negocio, y no me opongo a que tome parte un tercero, si es de los que no se asustan.

—¿Tengo yo cara de asustarme fácilmente?

—Apostaría que no.

—Si no he entendido mal, usted y Delaney quieren ir a Florida para intentar un negocio productivo. Pero les pasa como a mí, que mientras pise por estas islas corro poco riesgo.

—No pienso yo hacerme viejo por aquí. Mi idea es aproximadamente la misma de Bruno: hacer dinero, y conseguir una buena documentación con la que largarme a Europa, o a Australia.

—Tampoco es mal sitio Sudamérica.

—Tampoco lo es, de acuerdo. Voy a poner las cartas boca arriba, Mortimer. Tengo exactamente cuarenta y dos dólares, y sé dónde conseguir un paquete poco voluminoso, que mal vendido, entre dos y sabiendo como sé dónde colocarlo produciría diez mil por bigote, aunque ambos os lo afeitáis. Tampoco miento si digo que para sacar el paquetito hay que moverse con tino. No es llegar y cobrar.

—A cualquiera de nosotros, si un policía nos ve en una ciudad de Florida, nos pasaría lo mismo que a Raymond —dijo Mortimer.

—Yo no estoy fichado allí. ¿Y tú, Steve?

—Estamos perdiendo el tiempo, compañeros. Para mi negocio, lo esencial es poder caminar sin aprietos por Florida.

—¿En la capital, Romero?

—No. Pero, ¿a qué seguir hablando si no podemos ir allí?

—Y en caso de poder ir y proveernos de documentación sólida, usted querrá llevar el mando, ¿no, amigo?

Steve Romero asintió, sonriendo astutamente, al replicar:

—Yo entiendo el negocio, y sé por dónde tantearlo. Podemos hacer un pacto, Mortimer, que no hiera nuestras honrillas. Usted manda hasta desembarcar en sitio seguro, pero bien entendido que sólo es seguro el viaje si, además, nos proporciona usted alojamiento donde uno no tenga que inscribirse en el registro.

—Ojalá sea tan seguro el negocio que usted presume de tener planeado del todo.

—No presumo porque eché los dientes en este negocio, en el que no basta tener el lote de género, sino que hay que saber dónde colocarlo a buen precio, y rápidamente.

—Creo que podemos llegar a un acuerdo definitivo, con una condición, Romero.

—Puede llamarme Steve, ya que es más fácil para un yanqui.

—Yo hablaré con el que nos puede llevar a buen puerto y nos faciliten documentación. Pero sólo pensábamos en Delaney, al que iba yo a proponer que, a partir de ahora, se deje ver lo menos posible. Es lo que exigía el amigo de mi hermano.

—Por mí no hay inconveniente ninguno, y ya puedes irte, Bruno. Ya sabes que yo me basto solo.

—No ha entendido bien Steve. Se trata de que, si hemos de asociarnos los tres, para bien y para mal, desde este mismo momento, sitio que uno pise, el otro también.

—Nunca me han molestado las medidas prudentes, Mortimer. Hemos hablado lo bastante ya. Usted manda hasta que cada uno tengamos papeles buenos. Después yo llevaré el mando. ¿Conforme, Bruno?

—Trato hecho, Steve.

—De acuerdo, Steve. Podemos irnos ya.

Y en silencio, los tres aliados encamináronse hacia la tienda propiedad de Hal Kerrigan.

Para cualquier maleante, aquellos tres individuos eran «tres hombres malos». Sin embargo, en los archivos de la Interpol, a uno de ellos lo consideraban un «as» del Servicio Secreto.

CAPÍTULO VI

La voluntaria reclusión de los tres hombres en las habitaciones y patio de la trastienda, duraba ya cinco días con sus noches, estando ya en las últimas la bien provista alacena cuando Alex Mortimer, que era el único que hablaba directamente con Hal Kerrigan, regresó a media mañana del quince de marzo, procedente del puerto.

Durante aquellos cinco días era la única vez que Mortimer había salido, y sus dos compañeros suponían que se encontraba en el comedor y habitación del piloto Kerrigan en sus escalas.

Bruno Delaney pasaba la mayor parte del tiempo haciendo solitarios al fracasar en sus intentos de organizar partidas de *poker*. Steve Romero consumía grandes cantidades de café, dedicando esmerada atención a los preparativos con la mantequilla, el hornillo y el punto de ebullición del agua. El resto del tiempo acumulaba reservas de sueño, asegurando que era necesario aprovechar aquella etapa de segura calma en aquel refugio, trampolín hacia la fortuna y el emocionante riesgo.

Alex Mortimer, al llegar tras su ausencia desde el amanecer, dejó encima de la mesita de la galería varios cartones de «Gold», un paquete de café molido y un frasco de ron de Jamaica.

Bruno Delaney dormía amodorrado, y sólo Steve Romero acudió, terminando de abrocharse la camisa. Desde la puerta, que empujó Mortimer, llamó:

—¡Tú, dormilón, a despejarte que hay buenas noticias!

Delaney se incorporó frotándose el rostro al dirigirse con paso remiso hacia el lavabo, acabando de despertarse al remover la cabeza bajo el chorro.

Vino pies desnudos, en pantalón y camiseta a sentarse, para beber ansiosamente dos vasos seguidos de ron.

—Antes de explicaros lo que se avecina, voy a hacerte una advertencia, pelirrojo —y Mortimer examinó con dureza a Delaney—. Tan pronto estemos embarcados, beberás únicamente lo que sirva de tónico, y quiero hacerte constar que, si te pillo emborrachándote, te estrellaré contra la boca el cristal.

Bruno Delaney frunció el ceño y sus ojillos relucieron con destello maligno; pero antes de que pudiera replicar, intervino

conciliante Romero:

—Tiene razón el jefe de la expedición, Bruno. Si te recrimina es por nuestra propia seguridad. Vamos al grano, jefe. Has mentado algo de embarcar.

—Por fin se ha presentado la ocasión que esperaba Kerrigan. Resulta que hay una carga que pocos barcos quieren y él, de vez en cuando, la acepta. Con destino a Sarasota, la ciudad donde invernan los circos ambulantes, que a fines de este mes reanudan sus giras por el continente. La carga tiene poca gracia para los marineros, porque es de mala estiba: cordajes, lonas, y unas cuantas jaulas, cuyos inquilinos han estado trabajando en Europa y regresan ahora a Sarasota para unirse, a los circos que empezarán la gira.

—¿Qué tiene que ver con nosotros el circo? —quiso saber Delaney.

—De eso vamos a tratar pelirrojo, para que no hagas el payaso. Te he ido conociendo en estos días, y me temo que vas a complicarnos la existencia. Y a mí no me la complicas tú, al menos hasta que lleguemos a sitio seguro.

—Va bien, jefe —intervino de nuevo Romero—. Yo te respondo de Bruno, porque también me interesa que no surjan complicaciones.

—¿A qué viene eso de hacer el payaso? —gruñó Delaney.

—Se verá en el viaje. Esta misma noche iremos a la goleta de Hal, uno a uno, por si hay ronda de policía isleña. La goleta zarpará mañana amanecido hacia Key West, donde cargará el material dejado por el transatlántico. Y ahora presta atención, Bruno. Hace ya meses que los guardacostas, de Florida han intensificado la vigilancia, y registran casi todos los barcos que vienen de las Antillas. Una vez registraron ya el barco de Hal y no encontraron nada. Pero llevaba tres hombres escondidos. Tres como nosotros. Un escondite formidable, muy ingenioso... para tipos de aguante, como Steve y yo.

—Las ha tomado conmigo, Mortimer —dijo exasperado Delaney—. ¿Es que te imaginas que soy un cobarde?

—Ya te veré en acción, pelirrojo. Todavía es prematuro para decirte, con pruebas al canto, la clase de tipo que eres. Ha quedado convenido que formamos trio y allá en Florida, si me place lo que proponga Steve, seguiré en la sociedad. Si no, adiós, y cada cual a su mal fin.

—Exacto, jefe —sonrió Romero—. Vamos al escondite.

—Un domador amigo de Hal, es el que periódicamente va y viene desde Sarasota a Europa, porque es de los llamados

«beluarios», o sea, el que sabe cuidar fieras que se ponen nerviosas viajando. Y preparó una jaula de modo que puede transportar material de contrabando, desde pieles muertas, que no pagan así aduanas, hasta pieles vivas: nosotros tres.

—En las maletas de doble fondo se viaja incómodo —rió Romero.

—Hay que aguantarse, desde mañana hacia las once hasta las cuatro o cinco de la tarde del mismo día, en que llegará a Sarasota la goleta. Y a partir de entonces se hará cargo de nosotros Yegor Krassov, el beluario.

—No está mal el truco. ¿Y dónde tendremos que meternos durante estas cinco o seis horas?

—Ya he advertido que es incómodo, pero Hal nos prestará ropa vieja, que nos servirá también en Sarasota, pues Yegor nos tendrá camuflados de ayudantes suyos y tractoristas, hasta conseguir la documentación que queremos.

—Sigo sin saber dónde vamos a escondernos a bordo.

—Hasta Key West no hay problema, y apenas ancle allí la goleta, esperaremos en la cala, en el sitio que nos indicará Hal, que será donde sobre ruedas encajarán la jaula. Tendremos que permanecer de pie, en el espacio entre dos jaulas, un sitio en el que ni al más listo se le ocurrirá registrar.

—¿Y en las jaulas, qué bichos hay? —murmuró Delaney.

—Generalmente, en las jaulas de domadores de circo no meten corderitos con lazos rosa, pelirrojo. Tigres.

Bruno Delaney escanciósse otra copa de ron, bebiéndola de un trago, mientras Romero liaba parsimoniosamente un cigarrillo.

Alex Mortimer golpeó un extremo del «Gold» hasta hacerlo compacto, y cuando lo hubo encendido, añadió:

—No vamos a presumir y estoy de acuerdo en que la compañía no será agradable; pero Hal garantiza que los tigres no pueden ni siquiera husmear nuestra presencia entre sus dos jaulas, porque Yegor embadurna sobre las dos maderas entre las que estaremos, un desinfectante que les repugna. Así no huelen a carne humana...

—Cambia el disco, jefe. Conforme en viajar empaquetado así, ya que no hay otro remedio, y si antes que nosotros viajaron otros, no vamos a ser menos; pero no le reproches a Bruno si se empapa un poco de ron para aguantar mejor. Bueno, ahora lo mejor será hacer acopio de sueño, para tener los nervios quietos. ¿Algo más, jefe?

—A las ocho irás a bordo, pelirrojo, pero fijándote bien si la linterna a popa de la goleta está suspendida de medio metro de cable, o directamente del gancho. Darás media vuelta si las ves

colgando de medio metro de cable, pues sería señal de que a bordo está el inspector de carga echando un vistazo a los cordajes y lonas. A las nueve, irás tú, Steve. Lo mismo. Media hora más tarde me reuniré con vosotros.

Por la noche, los tres hombres subieron a bordo sin contratiempo, constando ya en el libro registro tres pasajeros, con nombre falso, para Tiffon Harbour, donde recogía la goleta más cordajes.

Y amanecía cuando, en el espacio reservado en la cala para las ocho jaulas que a cargo de Yegor Krassov iban a ser estibadas, los tres pasajeros clandestinos, vestidos con pantalón de dril azul, camisa a cuadros, zapatillas de tenis y boina, atuendo que, al decir de Hal Kerrigan, era el más corriente entre los ayudantes del personal de los circos estacionados en Sarasota durante toda la temporada, que principiaba en septiembre para terminar a fines de marzo.

Los tres aguardaban tras una lona respaldados contra la madera del casco entre dos cuadernas, y sentados sobre los rollos de cordaje que apuntalarían las jaulas para evitar movimientos peligrosos para la estiba y flotación.

Bruno Delaney crispó, los puños, mordiéndose los labios, cuando, tras una larga espera un olor peculiar, fétido, punzante, inundó la ya enrarecida atmósfera de la cala.

Con el chirriar de grúa, cabrias y tornos, se mezclaban las voces de Kerrigan y la más gutural y autoritaria de Yegor Krassov reclamando el máximo cuidado para sus fieras.

Rodaron las dos primeras jaulas; quedando fijadas con cuñas, y Yegor Krassov vino a alzar la lona para echarla por encima de las dos jaulas.

No miró a los tres hombres, limitándose a señalar un espacio entre aquellas jaulas, y volvió al centro de la cala, para vigilar el descenso de las restantes.

Alex Mortimer tanteó el espacio señalado por Krassov, hasta encontrar lo que le había dicho Kerrigan. Un muelle que cedía desde dentro, dejando una abertura suficiente para que un hombre entrase de lado yendo hasta el fondo, que terminaba medio metro antes que el ancho total del compartimiento enjaulado.

Cuando los tres quedaron emparedados, Mortimer dejó entreabierto el espacio de entrada, para poder respirar como los otros dos, gracias a la cercanía del tubo de ventilación.

Llegaban amortiguados los movimientos humanos, y los felinos, en sus paseos nerviosos por el estrecho recinto. El sudor bañaba los

rostros de los tres hombres, porque el calor era sofocante.

Entre dientes, imprecaba Delaney, hombro a hombro con Romero, a su izquierda, y Mortimer a su derecha.

Una travesía que iban a recordar hasta el último instante de sus vidas por lo que tenía de incómoda, y de enervante cuando, de pronto, por causas ignoradas, una de las fieras emitía un rugido prolongado, escalofriante.

Varias veces, repitió Delaney:

—Si registran y dan con esta tumba en vida, nos copan como ratones.

Pero no hubo detención y la goleta llegó al puerto de Sarasota hacia las cinco del dieciséis de marzo, y por baja borda desembarcaron en pasarela inclinada las jaulas engaritadas, que un tractor llevó luego hacia el espacio del zoo, a cargo de Yegor Krassov, y bajo tensa lona.

CAPÍTULO VII

Atlético y de cara brutal, formando el castaño cabello como un casco lanudo de vellón, Yegor Krassov, polaco emigrado, que en las funciones actuaba vestido de cosaco, vino a las ocho de la noche a abrir el espacio entre las dos jaulas, que había cerrado por fuera con una barra de hierro que parecía sujetar reforzando las uniones de las jaulas.

La bocanada de aire fué acogida con ansia por los tres encerrados, saliendo Mortimer para examinar receloso en torno suyo.

El suelo era tierra apisonada, y el techo una lona, tensa por fuera, con algunos pedazos actuando a modo de ventanilla respiradero.

Varios bancos, una mesa larga y cuatro camastros componían, con un lavabo y un armario cocina transportable, el mobiliario el espacio tras las jaulas, propiedad exclusiva de Yegor Krassov.

Sobre la larga mesa había varios jarros de cerveza, hacia los que se dirigieron en línea recta los tres hombres, para beber con avidez.

Se sentó frente a ellos en un banco el beluario; y ya apagada la sed, aumentada en el encierro por el ardor del ron, los tres inmigrantes clandestinos se sentaron casi con la misma avidez con que habían bebido.

Dijo Alex Mortimer.

—Un viajecito así no lo repetiría yo, amigo Yegor. Supongo que ya nos conoce por conducto de Hal.

—Ya nos conocemos los cuatro, y podéis dar por bien empleadas las horas que allí dentro pasasteis. Aquí estáis tan seguros como en la tienda de Hal, y no os pude dar aire antes porque tenía que atender a lo mío. Para la gente del circo, sois mis ayudantes, y aquí dentro nosotros no hacemos preguntas. Si viene la policía, volveréis al escondite, pero mañana mismo podréis salir... Bien entendido que sólo en el interior de la demarcación que ocupa nuestro circo. Me ayudaréis en las tareas que tengan que hacerse. Aquí todos nos conocemos sin necesidad de previas presentaciones, ni decir nuestros nombres. Yo cambio con frecuencia de ayudantes, porque pocos aguantan el trabajo de beluario y tractoristas.

—No vinimos a eso, Yegor —dijo secamente Mortimer.

—Queda bien claro una cosa: yo me limito a darle entrada a quien me recomienda Hal. No sé nada de nada, y es el propio Hal quien avisa al que ha de entenderse con vosotros. Pero como esta vez yo no fuí a Europa, sino que permanecí en La Habana, esperando el barco, este viaje se ha anticipado, y puede que tarde unos días el que vendrá a por vosotros. Y repito que yo no sé quién es, porque me limito a hacer negocios de contrabando con Hal. Naturalmente, si alguno de vosotros es tan torpe que se deja pillar por la policía, no tendría nada de hombre si me citase.

—Descuida, que no somos de esta clase, y, además, no hemos venido para permitir que nadie nos atrape.

—Dentro de poco vendrá Bebé, que es la que trae la comida común para todos, y sabe ya que aquí hay cuatro plazas. Es la hija del dueño y tiene un número de doma. Un aviso: la gente de circo suele ser sencilla, y nadie de la compañía sospecha, ni de lejos, que yo me dedico a este negocio del contrabando. Serían capaces de echarme a las fieras, si se enterasen. No quiero, pues, que me comprometáis.

Señaló Krassov una maleta sobre un banco, añadiendo:

—Allí puso Hal vuestra ropa, y allí podéis dejar ya vuestras armas, porque no existe el menor riesgo de que venga la policía, salvo si surgiera algún accidente. En tal caso volveríais al escondite, aunque espero que no tardará mucho en venir el hombre que Hal ha de avisar. Ahora, voy a daros una vuelta y cenaré con los domadores.

Cuando Krassov hubo salido, cementó Romero:

—Es tan amable como sus tigres.

—Ganas me dieron de partirle la cara —masculló Delaney.

—Para él somos seres parecidos a sus fieras, aunque quizá a éstas reserva mejor trato. Venga, dejad las herramientas en la maleta, ¡y ojalá salgamos pronto de este ambiente, porque apesta!

—Estamos nerviosos —rió Romero, dejando en la maleta que sostenía abierta Mortimer, su automática, enfundada, al mismo tiempo que lo hacía Delaney.

Cerró Mortimer, guardando la llave, y los tres miraron hacia la parte de lona que, abriéndose, dió paso a una mujer.

Recogía su largo cabello rubio en redecilla negra, que formaba un lazo picudo a modo de diadema, y su rostro redondo era gracioso, de muñeca de porcelana, en cuya blanca tez resaltaba el candoroso azul de los ojazos.

Tenía una prieta esbeltez, de miembros bien torneados; el cuerpo, revestido por blusón blanco y falda escocesa, y diminuto y

arqueado el desnudo pie, calzando sandalia blanca de tacón alto.

Colocó una bandeja sobre la mesa, y al dirigirse los tres hacia el largo banco, al otro lado, ella sonrió amistosa:

—Bienvenidos al circo «Ring Heaven», compañeros. Me llamo Bebé, aunque confidencialmente os diré que mi verdadero nombre es horroroso: Clementina.

Hizo Clementina un mohín de horror, mirando con guiño travieso a los tres. Se fijó en el sonriente Romero, que decía:

—Yo soy Steve, ese a mi izquierda es Bruno, y el otro Alex. Me complace verte, nena.

—Más me gusta Clementina que Bebé —comentó Alex Mortimer, sentándose y atrayendo hacia sí uno de los tres platos, donde se amontonaban, entre fiambres, dos huevos duros, arroz hervido, salsa de tomate y plátano frito.

Clementina Lyon se sentó frente a ellos, acodándose con la barbilla sobre los puños.

—Yegor siempre escoge hombres fuertes, del tipo duro, como dice. La lástima es que le aguantan poco tiempo, porque tiene mal genio; y no es que sea malo. Bueno, me voy a cenar. Bienvenidos al circo «Ring Heaven».

Hacía ya minutos que había salido ella, cuando rezongó Delaney:

—La clásica pavita sosa, con remilgos y bobadas.

—Calla y come, pelirrojo. Esta chica es del género que nunca tendremos la suerte de tener por esposa.

—Estás sentimental, jefe —sonrió Romero.

Alex Mortimer empujó bruscamente el plato, y sus manos, al agarrarse a la madera del borde, blanquearon en los nudillos.

En voz baja fué diciendo, mientras los otros dos seguían comiendo con voracidad:

—Si mi hermano hubiese conocido una chica como Clementina, no estaría mal enterrado. Y mientras no vemos chicas así, decentes, buenas..., vamos tirando, sin darnos cuenta de que somos unos perdularios. No te rías, pelirrojo porque... te estampo el plato.

—No te rías, Bruno —reprochó duramente Romero—. Al fin y al cabo, lo que está diciendo Alex es una gran verdad. Esta muchacha produce una impresión extraña, de calmosa serenidad, sin artificio... Ni siquiera va pintada.

—Por mí, os la jugáis a los dados —dijo Delaney.

Alex Mortimer pareció querer tocarse el hombro izquierdo con la punta de los dedos, pero su diestra salió disparada en revés contra el rostro de Delaney, que, perdido el equilibrio, cayó hacia

atrás ruidosamente.

A la vez, estuvieron en pie Romero y Mortimer...

Incorporándose veloz, embistió Delaney adelantando la izquierda y amagando un gancho con el puño derecho, en fácil postura de experto peleador.

Con las manos abiertas le detuvo empujándole por los bíceps Steve Romero que daba la espalda a Mortimer.

—Quieto, estúpido... ¡Quieto, Bruno! Una pelea ahora, y lo echamos todo a perder, ¡maldición!

Sangrantes los labios, que limpió en revés, Delaney miraba con furor homicida al que, dirigiéndose, hacia la salida, dijo sin volverse:

—Ya te previne que no haríamos migas, pelirrojo. Y vigílate, porque a la próxima terminarás mal antes de tiempo.

Jadeante, murmuró Delaney:

—Este golpe me lo cobraré.

—En su día, Bruno. Ahora paciencia. Estuviste torpe al no darte cuenta que Mortimer tenía su cuarto de hora sentimental. No es que le dió el flechazo la muchacha, sino que a nosotros nos sienta mal, si tenemos un resto de alma, ver de cerca a una persona decente y con buen palmito. Hazme caso, y dale tiempo al tiempo. Tan pronto tengamos los papeles, allá tú, si quieres entendértelas con Mortimer; pero aquí dentro, ni hablar, o tendrás a dos en contra: él y yo. Anda, trae la baraja, y echaremos unas manitas.

Fuera, Alex Mortimer fué paseando por entre los remolques vivienda, los tinglados y vagones que componían las unidades que, en su día, formarían la alegre caravana circense en su vagabundaje de pueblo en pueblo.

Había remolques cuya abierta puerta permitía vislumbrar escenas de tipo hogareño. La gran familia del circo, donde los ayudantes del beluario y tractoristas eran elementos aparte, porque no tenían permanencia fija, sino carácter de provisionalidad.

En la explanada entre dos colinas boscosas, cercanas a la playa, a un centenar de metros de la empalizada donde se apoyó: cruzado de brazos, se divisaban los farolillos demarcando otro cinco.

Alex Mortimer, aspirando el salobre efluvio marítimo, en aquella noche plácida, que presagiaba ya la primavera, sintió más que nunca la soledad de su existencia de hombre siempre acosado.

Y casi consideró tan natural como respirar, que a su lado quedase reclinada Clementina Lyon.

—Hola, Clemy. Pensaba en ti precisamente, porque hasta tu nombre me gusta.

—A mí no, pero resulta más pasable en diminutivo; es curioso que se te haya ocurrido llamarme Clemy, y no Bebé como todos los demás. ¿Qué te sucede, Alex?

—Nada de particular.

—Tienes la cara triste, y eres de los que sonríen poco.

—Vamos a dejarlo. Y en una noche como ésta, ¿qué hace tu novio que no está contigo?

Desgranó ella una carcajada de regocijo.

—Mi padre no quiere que piense todavía en novios, porque la gente del circo es preferible que se case con más años. Tengo veinte nada más, y procuro hacerle caso a mi padre. Luego se sufre... como le pasó a él, cuando yo tenía apenas dos años... Mi madre era también domadora, y «Radjah», un tigre de Bengala, la mato...

—¿Y tú sigues exponiendo la vida entre fieras?

—Es nuestra ley. No son fieras, sino gatos grandes, con caprichos infantiles. Precisamente el tigre más cariñoso conmigo es hijo de «Radjah».

—¡Diantres! No entiendo... «Radjah» mató a tu madre, y tú...

—El pobre «Radjah» estaba enfermo aquel día y... Lo creerás o no, pero durante los pocos años que sobrevivió a mi madre tenía en los ojos una expresión triste.

—Admiro tu valentía, Clemy.

—No es admirable, porque desde muy pequeña mi padre me hizo conocer los secretos de la doma y además, aunque ignoro por que, hasta el viejo Sandor dijo que yo sacaba más partida de los tigres, hablándoles, que domadores del tipo de Yegor. Yo creo que es que están acostumbrados a verme. Por cierto, quiero avisarte de un riesgo, Alex. Si conmigo son dóciles, no lo son con los demás. Yo puedo acariciarlos, con cuidado, pero un ayudante quiso una vez hacer lo mismo y «Aksbar» le arrancó un brazo.

—Gracias por el aviso aunque no pienso acariciar a tu «Aksbar».

—Hace unos dos años, en Springfield, me salvó la vida cuando yo estaba ensayando con una tigresa el hacerla pasar por un aro en llamas. La tigresa saltó, pero en lugar de ir a su escabel, revolvióse en el aire, para clavarme las zarpas, y entonces «Aksbar» saltó y mordió en el pescuezo a la tigresa, revolcándola.

—Todo lo creo en tus labios. Y al verte, nadie pensaría que eres la domadora de tigres.

—Mañana, de doce a una, entreno mi número y me verás. Pero has de sonreír, Alex. Bueno, me voy, porque mi padre estará esperándome. Hasta mañana Alex.

—Hasta mañana, Clemy.

—Sonríe, hombre...

Alex Mortimer forzó una sonrisa, que logró ser casi al instante espontánea, por contagio con el mohín amistoso de la domadora.

Y la siguió con la mirada, hasta que ella desapareció en el interior de un carro remolque, ondeando hacia él su mano.

Al entrar en el espacio tras las jaulas, Mortimer vió a Yegor Krassov, Steve Romero y Bruno Delaney jugando al *poker*.

Dirigióse a uno de los camastros, corriendo en la varilla la sábana que hacía las veces de cortina.

Antes de sumirse en el sueño, pensó que cuanto antes llegase el que había de proporcionarles la documentación, mejor sería desde todos los puntos de vista.

Un hombre como él, no podía enamorarse.

CAPÍTULO VIII

Pero dos días después de haber llegado al «Ring Heaven», Alex Mortimer buscaba constantemente la ocasión de poder charlar a solas con Clementina Lyon.

Cualquier cosa que ella dijera le parecía delicioso. Después al volver a reunirse con Romero y Delaney, ensombrecíase de nuevo, comprendiendo que era absurdo permitir que su corazón latiera alborozado cada vez que le sonreía ella, la imaginaba graciosa y gentil en su ejercicio de entrenamiento, paseando por entre cinco enormes tigres de Bengala.

Imposible dejar de admirarla cuando se presentaba con su atuendo de exhibición: manoplas, chaleco y mocasines de blanquísimo armiño, blusa y falda de vivo color rojo, y libre el largo y dorado cabello.

Bruno Delaney, que no había vuelto a hablarle desde el incidente la misma noche de su llegada al circo, vino a interceptarle el paso cuando se dirigía hacia el sitio donde tácitamente solían ir a reunirse ella y él.

Ceñudo, manifestó:

—Acaba de llegar Kerrigan, y parece que por fin vamos a perder de vista todo esto.

Eran las siete de la tarde.

Bajo la lona, sentados junto a la mesa, esperaban Hal Kerrigan y Romero. El piloto, mordisqueando su habano, aguardó a que los recién llegados se sentaran frente a él.

En su astuta mirada hacía reflexión al iniciar el tema que, en anteriores ocasiones, había suscitado momentos peligrosos.

—Supongo que estaréis hartos de circo. He visto ya al que posee tres documentaciones completas con las que nadie os impedirá ir por donde queráis. No sólo seréis libres de andar por donde se os antojé, sino que os ofrece la mejor «tapadera», en la que ni habríais pensado: un toque facial, y un injerto nuevo en las yemas. Injerto que corresponderá a las huellas impresas en la documentación.

—Más claro, Hal —exigió Mortimer.

—Posee documentaciones legítimas, de hombres desaparecidos en circunstancias ajenas a asuntos en que tenga que ver la policía, y además es hermano de un cirujano plástico, que os arreglará el

rostro y hará la operación de injerto, dejando así a vuestros dedos en forma que puedan triunfar de cualquier comprobación policíaca, pues si os identifican las huellas, estas corresponderán a las que consten en la documentación.

—Parece estupendo, pero ya hace tiempo que no creo en los Reyes Magos —dijo Steve Romero.

—Es natural, muchacho. Yo os traje gratis, porque cobraré después, cuando le hayáis pagado al jefe.

—Ya llegamos al punto que me anticipaste, Hal —dijo Mortimer—. Te advertí que disponía de dos mil dólares, Steve de cuarenta y dos, y éste un par de cientos. Y me dijiste que para hombres con temple había maneras de arreglar las cosas.

—Yo traje a alguno, que pudo pagar lo que valía todo esto. Es daros una nueva personalidad, dejar de ser perseguidos...

—Al grano, Hal... —apremió Romero—. ¿Cuánto quiere cobrar tu asociado?

—La operación exige quince días de permanencia en su clínica, y al quedar levantados los apósitos y dar la documentación, será porque habrá cobrado los ocho mil dólares de cada uno.

Emitió Romero una risa irónica, bufido en Delaney, antes de replicar:

—Si yo tuviera ocho mil dólares, estaría tostándome en una playa europea de las del Sur. No seas guasón, Hal. Te consta que, entre nosotros tres sumamos mucho temple y poca moneda.

—Lo mismo les pasaba a la mayoría que yo introduje en Florida. Y algunos pudieron pagar, y son gente tranquila, viviendo de rentas, en alguna parte lejos de Norteamérica.

—Explica dónde está el juego de manos que a cada uno nos colocará en el bolsillo los ocho mil dólares para pagar la transformación, y encima irnos a vivir de renta —inquirió Mortimer, burlón.

—¿Habéis oído la emisión de radio «¡Lo toma o lo deja!»? Va para vosotros, en este caso. Sois libres de aceptar lo que os propongo o regresar a los Key, y allí tan amigos.

—Menos rodeos, compañero —apremió Delaney, impaciente.

—Hay que darlos para no dejar cabos sueltos. Algunos de los que vinieron, como tu hermano, Alex, tuvieron mala suerte. Corrieron el riesgo lógico, y si hubieran acertado tenían asegurado el resto de sus vidas. Mi jefe planea golpes sólidos, de envergadura. Nada de unos miles. Un golpe dado en Palm Beach, produjo al que lo llevó hasta el fin los siguientes beneficios: cara nueva, dedos limpios y veinte mil dólares netos.

—Un momento, un momento. ¿Fué el golpe de los «Almacenes Bealby»? —preguntó Mortimer.

—Sí.

—Lo leí en la prensa, estando en Veracruz. Y allí dejaron la piel dos de los que dieron el golpe.

—Pero el tercero vive como un nabab, pues es dueño del hotel para turistas que en una playa francesa instaló con aquellos veinte mil dólares. Los tres lo sabéis sobradamente: el golpe mejor planeado, cuanto más producen, más riesgos.

—A ello, de una vez, por mí —sonrió Romero—. El asunto que yo tengo pensado es de riesgo grande, y sin documentación ni nueva personalidad me produciría unos diez mil. Apúntame en la lista, Hal, y ya puedes decírselo a tus dos asociados, el cirujano y su hermanito.

Miró Kerrigan a Mortimer que, pensativo, encendió un pitillo.

Bruno Delaney dijo:

—Donde va uno, voy yo, y me da el palpito de que es negocio por todos los lados que se mire. De estar siempre saltando de hoyo en hoyo, a jugarse unos minutos la vida y obtener después dinero y salvoconducto para irse a vivir de rentas, no hay que pensárselo mucho. Estoy contigo, Steve.

Alex Mortimer apunto con el cigarrillo hacia Kerrigan.

—Esta misma oferta le hiciste a Raymond...

—Yo no, Alex. Fue Link Osborn el que se lo propuso, cuando hubo hablado con el jefe. Además, tú mismo reconociste que Raymond pudo rechazar la oferta y volver a los Key.

—Pero yo me pienso más las cosas, Hal. No soy tan impulsivo como mi hermano, y si el plan propuesto no me gusta, me largo. Primero, hablemos de partes. Si nosotros tres hemos de jugarnos la piel, ¿qué reparto se hace?

—Del dinero obtenido, se apartan ocho mil dólares por cada uno. El resto, entre vosotros tres.

—Bien. Y como tiene sentido común que tu jefe no dé la cara, explica ya el plan.

—De vosotros tres, uno ha de venir conmigo a mi goleta, que ha terminado la carga, pero que no zarpará hasta dentro de tres días por cuestiones de papeleo. En mi cabina hablará con el jefe.

Bruno Delaney señaló a Steve Romero:

—Ese es el que manda en nosotros.

—Poco importa ahora eso. Vendrá conmigo aquel que por sorteo quede designado. Con esta misma baraja...

—Un momento. ¿A qué tanto juego de manos? Nosotros tres

convinimos en que, hasta tocar tierra sería Alex el que contigo tratara y el que llevase la voz de mando. Ahora, soy yo. ¿No quedamos así, Alex?

—Así fué.

—Yo voy y vengo, muchachos. Hago sólo lo que me dicen. Y os recuerdo la emisión de radio: lo tomáis o lo dejáis.

—Lo mismo da que sea uno u otro el que vaya a la goleta; después, para actuar, tienes tú el mando, Steve.

—¡Venga ya! —exclamó Mortimer—. Que la suerte decida, puesto que lo de menos es ir a escuchar al tipo listo que se gana veinticuatro mil dólares a cada golpe que dan tres granujas. Baraja tú mismo, Hal. Echa cartas, y yo escojo tréboles.

—Corazones para mí —dijo Steve Romero, dominando su nervosismo.

Era una jugada importantísima para el «as» del Interpol, ya que suponía llegar a la meta y enfrentarse con el jefe de la organización.

—Cuadros —eligió Delaney.

Barajó Kerrigan, y cortaron sucesivamente Romero, Mortimer y Delaney.

La primera carta que echó boca arriba Kerrigan, era un ocho de «pic». La segunda un seis de cuadros.

Bruno Delaney se puso en pie:

—En marcha, marinero.

—Cuestión de una hora a lo más —expuso Kerrigan—. Las instrucciones serán, claras y detalladas. Volveremos antes de una hora.

Al quedarse ellos dos solos, dijo Mortimer:

—Ese bestia puede entender mal lo que le expliquen.

—Hal Kerrigan ya conoce a Bruno. Y como enlace que es del jefe de este ingenioso negocio, le habrá ya notificado que Bruno es el más flojo de nosotros tres. Confío en que le dará explicaciones detalladas y croquis.

—Hubiera preferido ir yo —murmuró Mortimer, levantándose.

Pero no podía explicar que lo que deseaba era verse frente a frente con el misterioso jefe, al que hacía culpable de la muerte de su hermano Raymond.

Tampoco Steve Romero, el «as» de la Interpol, podía manifestar su íntima protesta contra la suerte que abatió la carta del palo elegido por Delaney.

Aunque, a decir verdad, sí habíase visto favorecido en Spring Key cuando dentro el plan sincronizado en todo con su colega Stuart Williams, el propio Delaney anticipóse.

La pista dada por el capitán Howard, de Miami, había sido Spring Key y la tienda propiedad antes de Raymond Mortimer, que fué vigilada por Stuart Williams.

Y reconocido Bruno Delaney, los dos agentes habían convenido en que Williams fingiría perseguir a Romero, de modo que en el sitio donde se hallase Bruno Delaney pudiera el anglocubano relacionarse con el pistolero.

Fué Delaney el que se anticipó, pero la persecución, la pelea en la explanada del mirador; los cartuchos sin bala, las ampollitas conteniendo sangre de conejo, que rompió Williams sobre el emplasto colocado en su sien, en el cuello y en el pecho, amparándose en la obscuridad de la rotonda; el contener la respiración cuando era Delaney el que podía percibirla; sumergirse y bucear... todo resultó perfectamente verídico, para que impresionara favorablemente a un maleante desalmado del tipo de Bruno Delaney.

Pero ya introducido, la misión de Steve Romero era llegar hasta el cabecilla.

Y no había podido insistir, so pena de hacerse sospechoso al querer conocer al misterioso organizador de bandas esporádicas, de tres hombres malos, que nunca reaparecían con vida.

Steve Romero, mirando cómo giraba la aguja segunda en la esfera de su reloj, trataba de pensar en que forma podría impedir que Delaney y Mortimer actuaran como sin duda, se dispondrían a hacerlo.

La detención de Yegor Krassov y Hal Kerrigan supondría cortar la inmigración clandestina. Pero quedaría libre el principal elemento de aquella criminosa organización: el peor, porque planeaba golpes difíciles, realizados los cuales el «hombre malo» que no moría ajusticiado por los representantes de la Ley, era ejecutado por los mismos, o el mismo, que en aquellos instantes estaría aleccionando a Delaney, y a buen seguro sin dejarse identificar.

Un delincuente que había podido planear aquel medio de valerse de «gangsters» peligrosos, no iba a correr el riesgo de ser delatado.

Sabía que cualquiera de los que transportaba Hal Kerrigan, con la complicidad de Yegor Krassov dejaríase matar antes que volver a caer prisionero de sentencia inexorable. Pero no correría el peligro de ser delatado.

Implacables, las manecillas del reloj iban cada una ejerciendo su evolución: visible la que giraba marcando las fracciones de segundos, lenta la minutería; fija, al parecer, la horaria.

Pero antes de que marcase las ocho, volvería Bruno Delaney, con las instrucciones dictadas por el misterioso jefe, cuya captura era la que interesaba a la policía internacional.

Hombres como Yegor Krassov y Kerrigan, eran cómplices sirviendo a una inteligencia maligna, que presos el marinero y el beluario, podría ejercer su perniciosa acción en otra región.

Steve Romero, levantándose, abandonó el alojamiento bajo el toldo, para pasear al exterior, plasmado en el sonriente rostro de «hombre malo» una mueca de ironía, que en su íntimo ser era mueca trágica.

Cerca de la meta, un naípe cerrábale el paso. Y no había cabinas telefónicas al alcance, para comunicar que en la goleta «Gipsy» estaba el hombre que era la solución final del caso que, por espacio de medio año, mantenía en jaque a la policía de Florida.

Consiguió deslizarse entre dos tractores y alcanzar la salida de la empalizada, seguro de no haber sido visto.

La ciudad distaba dos millas. La goleta menos, porque el puerto estaba casi a cinco minutos de camino, bajando los acantilados.

Y pisando la playa, no le arredró al agente de la Interpol darse cuenta, de pronto, que su automática había quedado en la maleta cerrada por Mortimer, allá bajo el toldo.

Steve Romero continuó caminando hacia su meta: capturar al maligno personaje que por intermedio de «gangsters» sembraba la muerte.

CAPÍTULO IX

A su temperamento de hombre de lucha y acción, impuso Steve Romero la severidad de su consigna: un agente de la Interpol, elegido entre los más audaces e inteligentes de las divisiones policiales, nunca debía comprometer la finalidad de una pesquisa dejándose llevar por la orgullosa audacia.

Y su instinto le advertía que, del mismo modo que estaba cercano ya a la meta, también llegaba al punto en que perder la vida suponía inutilizar el laborioso trabajo de varios meses, desde que en La Habana recibió instrucciones para averiguar en las Antillas la base de arranque de la organización clandestina que introducía pistoleros.

Existía en la Interpol la convicción de que la misma podía ser la que, a la vez suministrara drogas a individuos jefes de banda, pero escurridizos y en apariencia negociando normalmente, como Luke Blasini.

Steve Romero desvióse de su camino hacia el muelle donde anclaban los barcos de poco calado, y optó por dirigirse al malecón, en el que abundaban las cantinas para el personal portuario.

Su propósito era telefonar a la Comisaría Central de Sarasota, pidiéndoles transmitieran al capitán Fred Howard, en Miami, los informes que ya podía proporcionar acerca de la «Gipsy». Hal Kerrigan y Yegor Krassov.

Pasaban camiones y carretas eléctricas de transporte en caravana, que le impidió atravesar la calzada cuando se disponía a hacerlo, con el fin de entrar en una de las cantinas situadas en la otra acera.

Y entonces su instinto, siempre alerta, le advirtió que desde algún punto era acechado. Difícil razonar en qué parte de su organismo cerebral se hallaba, tan entrenado y despierto, el sentido de aquel presentimiento que raras veces le fallaba.

En vez de atravesar la calzada, volvió a encaminarse hacia el muelle de barcos de poco calado, como la goleta «Gipsy».

Había ya divisado el peculiar color de los cuadros de la camisa que Alex Mortimer había revestido en Key West: sobre fondo color gris oscuro, destacaban las rayas blancas y grises en tono más claro.

La mente del agente de la Interpol trabajó de acuerdo con el carácter del próximo peligro: desvanecer las sospechas que pudieran haber nacido en Mortimer.

Lo que le extrañaba era que le hubiera visto salir del circo, porque estaba convencidísimo de que su salida había pasado por completo inadvertida.

Arrimó el hombro derecho a una empalizada, en el espacio entre dos farolas, y sacó del bolsillo izquierdo de su camisa a cuadros blancos y azules el paquete de «Gold».

Mientras con deliberada lentitud elegía un cigarrillo, determinó que iba a convencerse de si estaba en un error al enjuiciar el modo de ser de Alex Mortimer: un «hombre malo» que no había conseguido aniquilar por entero sus sentimientos decentes, como habíalo demostrado en su vigorosa reprobación del comentario canalla de Bruno Delaney.

Apagaba la cerilla cuando a su lado, en la sombra, se detuvo Alex Mortimer.

—Por lo que parece, a ambos nos dio el ansia de pasear como las personas, Steve.

—Eso me dije cuando te vi al extremo de la calle.

La sonrisa de Romero complementaba el brillo burlón y observador de sus ojos. Con su habitual seriedad, donde la dureza se matizaba de melancolía, replicó Mortimer:

—No te he seguido, que ya nos sobran seguidores, aunque a esta hora todos los gatos son pardos.

—Decidí acercarme a la goleta, porque no me gusta ser tratado como un paquete.

—Ídem. Lo mismo pensaba yo, y no hubiera venido a no ser porque Clemy me pidió que la acompañara a una tienda en la que quería comprar chucherías, pues mañana es el cumpleaños de su viejo. Y te vi cuando ibas a atravesar la calle. Cambiaste de idea...

—Café —sonrió Romero—. No es bueno el que dan en el circo. Pero ya iba a meterme en una de las cantinas, para comprarlo cuando te reconocí por la camisa, Alex.

—Vamos hacia la goleta. Tal como van llevando este asunto, no me gusta. Tú no eres una bestia como el pelirrojo, que todo se lo cree. Eso del cirujano...

—Muchos han acudir a cirujanos para hacerse una cara nueva, Alex. ¿Un pitillo?

—Ya hay bastantes luces por estos contornos. Yo no estoy fichado aquí, ni nunca puse los pies en esta ciudad, pero a ti pueden reconocerte, y será mejor que apagues el pitillo.

—Ya me olvidaba que eres tú el jefe ahora —y Romero tiró el cigarrillo, pisoteándolo, cuando entraban ya en la anchurosa explanada de los docks—. Un cirujano plástico puede cambiar un rostro de tal manera que uno puede viajar tranquilo.

—Eso ya me lo sé, pero lo que no me creo es lo de las huellas. Yo no tengo estudios, como nos pasa a la mayoría de nosotros... y así nos rueda la bola en el verde tapete por donde pisamos. Pura selva, donde los chacales listos hacen trabajar a los raposos como mi pobre Raymond.

—Algunas veces he pensado en la canallada que le hicieron a Ray.

Alex Mortimer se detuvo, cogiendo del codo al policía, y en el oscuro espacio bajo el arco de la enorme grúa inmóvil brillaban intensos los negros ojos del «gangster».

—Lo que acabas de decir me place, Steve. Ya demostraste poseer un rincón de alma sana, cuando no te pusiste de parte del pelirrojo al defender éste lo único bueno que nos queda hasta morir. El recuerdo de una buena mujer, como lo era mi vieja..., como lo es la niña esa, que cuanto antes pierda de vista, mejor. Si quieres hacerme caso, no vayamos a la goleta, o lo echaríamos todo a perder.

—Siempre tenemos tiempo de discutir el golpe que hayan propuesto a Delaney, y decir que necesitamos más garantías...

—¡Eso es! Las garantías que no dieron a Raymond. Lo embarcaron, y le pusieron ante la misma alternativa que a nosotros. Y hay alguien muy listo, un verdugo, tras la banda formada por Kerrigan y Yegor.

—¿Listo? Envió a una muerte infalible a Ray.

—Porque está claro que ellos planean golpes duros. ¿Qué importa que fallen alguno y mueran los que, como nosotros, aprietan el gatillo? Basta con que un par den resultado, y se hinchan. Mejor que volvamos al circo, y le diré a Clemy que no mencione ante Yegor nuestra salida.

—Como quieras. Tú mandas.

Desanduvieron el camino y sólo cuando se hallaban en el mismo lugar en el que había abordado a Romero, dijo Mortimer:

—Ya la veré salir a ella. Yo no quiero meterte en ningún jaleo, Steve, y si el golpe que nos explicará Delaney es factible, no me opondré a que lo realicemos, porque a mí lo que me importa es verme ante el que envió a la muerte a mi hermano. ¿Está claro, Steve?

—Comprendido. A eso iba yo, a verle la cara al que manda en

Hal Kerrigan y en Yegor, porque no me gusta que me engañen.

—Ni a mí. Precisamente esto me recuerda la vez que, rondando yo por Brooklyn, infiltróse en la banda del irlandés Connor un policía. Se creyó que los había engañado.

—Vaya... ¿Y lo descubriste tú?

—Yo no. Yo me dije una cosa, y era que, tanto ellos como nosotros estamos a lo mismo, aunque en diferente acera: a jugarnos la piel. Yo me sé de memoria que terminaré como Raymond, pero tengo mi modo de pensar. Solo odio la cobardía, y como aquel muchacho era un valiente, le dije que se largara antes de que lo chamuscasen.

—¡Mira, tú! ¿Proteges a los policías ahora?

—¡Y un cuerno! Que me busque uno de ellos y verás si no hago lo mismo que hiciste tú.

—Pero acabas de admitir que le diste el soplo a un policía en Brooklyn.

—Porque yo no era de la banda de Connor, y como ya me iba... Pero de nada sirvió. El muchacho quiso quedarse, y lo dejaron como una espumadera. A veces pienso que esos tipos tienen más agallas que nosotros, porque ellos quieren llegar hasta el fin, en vez de apretar el gatillo a tiempo. Ahí viene Clemy.

Desdó la acera opuesta, Clementina Lyon buscaba en torno, hasta, que la atrajo el silbido de Mortimer.

Sonrió Romero:

—Poco galante, Alex, este modo de llamar a tu chica.

—¡Bah! Ya sabe ella que yo soy un hombre del que le conviene, no hacer caso. Pero se ha propuesto lo contrario... y no tiene remedio ya. Sería una mala acción darle largas a este enamoramiento.

Clementina Lyon cogióse del brazo de Mortimer, mientras saludaba:

—Buenas noches, Steve. He encontrado un bonito alfiler para corbata, que figura un látigo y una herradura. Le gustará a mi padre, y... Bueno, no te enfades, Alex, pero he pensado que si le digo que tú le has comprado, esta caja de habanos también ha de alegrarse.

—Ya te he dicho que lo nuestro no tiene mañana, Clemy. O sea, que nada de regalitos al viejo. Se pensaría que yo soy un cobista. No le digas a Yegor, ni a nadie, que mi amigo y yo salimos de paseo. Vete delante y a lo pactado. Lo nuestro se acabó.

Clementina Lyon mordióse el labio inferior en mohín apenado, y de pronto, soltando el brazo del *gangster*, se alejó apresuradamente,

sorbiendo lágrimas.

—Has estado duro, Alex.

—Más vale ahora que después. Y no te metas en lo que no te importa. Esta chica quiere boda, hogar y decencia. Tipos como nosotros no tenemos derecho a esas majaderías. Y hablando de majaderías, ¿qué clase de pájaro bobo eres, que sales del refugio con las manos limpias?

Estaban ya en el camino que conducía al valle donde invernaban los circos, y Mortimer introdujo la zurda entre la camisa y el pantalón.

Había cosido al interior dos bolsillos-funda, uno para cargadores y otro para su propia pistola, pero extrajo del destinado a los cargadores la automática de Romero.

—Toma, y disimúlala. Cuando lleguemos te coses un bolsillo al interior, como estos dos. Tienen doble ventaja, cuando no se es barrigudo. Parece una postura normal el deslizar los extremos de los dedos así, y a la vez, protege de los peores balazos. Mejor que a partir de ahora lleves siempre la herramienta, porque según vengan las cosas puedes necesitarla.

—Escucha una cosa, Alex. ¿Por qué no te apartas de todo esto?

—Por lo mismo que tú, porque quiero ver si el golpe que nos proponen es razonable y obtengo papeles y dinero.

—Yo creía que pensabas vengar a Ray...

—Lo uno no impide lo otro.

Empujaba ya Mortimer el marco de lona que oficiaba de portezuela entre los cordajes tensos a un lado del campamento circense. Y la expresión de su rostro demostraba que había ya pasado su momento confidencial.

En el alojamiento tras las jaulas, Romero procedió a mudarse la ropa, ajustándose al tirante izquierdo el engarce de la funda pistolera, y después cerró el cruce de su blanca americana de drill.

Fuera cual fuese el resultado del viaje de Bruno Delaney a la goleta, ya no iban a permanecer más tiempo en el provisional refugio.

Mientras se preparaba un café, pensó en Mortimer. No era la primera vez que conocía a un maleante que, tras haber elegido la senda que parecía fácil, se encontraba después cerrado por completo el horizonte de redención.

Ya les era imposible volver al cauce normal, porque estaban sentenciados a pagar sus delitos.

En la acción, Steve Romero era duro, implacable. Pero en la espera de los momentos de lucha decisiva, donde no se ventilaba

solamente una cuestión de supervivencia, sino el triunfo de la ley sobre el delito organizado, Steve Romero, sorbiendo su café, consideró que aun siendo merecido el trágico fin que aguardaba a Mortimer, éste le daba más lástima que el rufianesco desalmado que era Bruno Delaney.

CAPÍTULO X

Bruno Delaney mantuvo silencio todo el tiempo que duró el corto recorrido en el «Mercury» conducido por Hal Kerrigan.

Tampoco habló mientras subió la escalerilla lateral de la goleta, y, atravesando la cubierta, siguió a Kerrigan por la escotilla hacia la cámara baja.

Al final de las escaleras, había un pequeño vestíbulo con dos grandes armarios cerrados y a la cara de popa, un pasillo estrecho desembocando a un comedor.

A cada lado del pasillo, dos camarotes individuales, un cuarto de aseo y un armario despensa.

En el comedor, dentado en sillón giratorio, empotrado, hallábase un individuo, que pretendía justificar su modo de quedar sin identificación posible, manteniéndose de perfil junto al ventilador funcionando.

Un amplio abrigo de entretiempo, beige, con cinturón con las grandes solapas alzabas, completaba la total invisibilidad de su rostro, además de llevar el ala delantera de su sombrero fieltro gris muy bajada, casi sobre la nariz.

Tenía hundidas las manos en los bolsillos del abrigo, y se reclinaba hacia atrás, tendiendo las piernas.

Unos zapatos de tafilete a medida, calcetines deportivos de rombos beige y castaño oscuro, y un pantalón de franela marrón.

Pero nada más vió Delaney, al sentarse donde le señaló Kerrigan.

—Este es Bruno Delaney, jefe. Le tocó en suerte recibir las instrucciones.

El hombre de perfil, habló con voz opaca, que salía enronquecida por entre las solapas:

—Es conocido tu historial, Delaney. Trabajaste para un italiano del puerto de Nueva York, y eras uno de sus matones de confianza. Tuviste que largarte y te buscan los del F. B. I. para llevarte a la cámara de gas, porque fué en Nueva Jersey donde liquidaste a dos obreros que sabían demasiadas cosas de tu antiguo patrón. Yo te conozco y tú me conocerás, cuando vuelvas de cumplir la faena que te explicará Hal.

—Creo que sería preferible que Yegor la explicase a los tres, jefe

—intervino Kerrigan.

—¿Por qué? —preguntó el organizador del doble contrabando, de hombres y de drogas.

—Porque Mortimer es técnico en joyerías.

—Vas envejeciendo, piloto —y la voz ronca se hizo más incisiva—. A las ocho deben irse esos tres y hubieras ganado tiempo trayendo a Mortimer.

—Tengo años de navegación, jefe, y puedo equivocarme, pero Alex Mortimer lleva un propósito escondido. Se querían mucho los hermanos Mortimer.

—Ya... Entonces, será mejor que Yegor os explique a vosotros tres el plan. Y mañana, al regreso por la carretera 153, encontraréis un coche esperando en la milla 14. Volveréis a esta goleta. Nada más, Bruno, salvo la recomendación superflua: si alguno de vosotros tres fuera tan estúpido de fallar y dejarse coger con vida y comprometer a Yegor o a Hal, cerraría toda oportunidad a otros compañeros vuestros. Suerte, Bruno.

El italo-canadiense, cuando abandonaba el comedor, vio a Yegor esperando en el pasillo.

Y al atravesar la cubierta, pensó que el nombre de cara desconocida debía tener ascendientes sicilianos, porque su inglés tenía aterciopelados en consonantes duras.

Cuando Hal Kerrigan hubo cerrado la puerta de acceso al pasillo, echó Luke Blasini su sombrero hacia atrás, y bajó las solapas de su abrigo.

—Puede que a este Steve Romero que mató a un policía, siendo testigo Delaney, convenga oírle si vuelve mañana.

—Presume de tener un golpe bueno, preparado en Florida, para el que necesita documentación.

Luke Blasini encogió los estrechos hombros, mientras repicaba sobre la tapadera de platino de su cigarrera el extremo de un «De Reszke» con filtro de corcho y boquilla de mentol.

—Todos estos del montón son igualmente estúpidos, Hal. ¿Crees que Mortimer quiere pedirme cuentas de la muerte de su hermano?

—Al menos, si vuelve mañana tendremos que vigilarle de cerca.

—Creo que volverán porque Mortimer es un buen especialista en robo de joyas. Y según me dijiste, Steve Romero parece ser menos estúpido que los que han trabajado hasta hoy para nosotros. Además, la policía no puede imaginar que, a tan poco lapso y en el mismo sitio que la última vez, aparecerán de nuevo esos «tres hombres malos» que los tienen locos. Es la gran ventaja de nuestra asociación, Hal. Tanto tú como Yegor nunca hablaréis, por la misma

razón que yo mismo. Y de los que actúan no queda rastro hablador: o mueren, si les pillan con las manos en la masa, o nos traen el botín y quedamos seguros que para siempre quedan mudos, cuando vienen a por el cirujano y el hermanito. Bien, en cierto modo, yo soy el cirujano...

Ya en el pasillo, Luke Blasini comentó:

—Con el golpe de mañana, que espero resulte, dejaremos unos meses en blanco, por lo que se refiere al transporte de tipos como Delaney y comparsas. Sólo marihuana en la próxima carga, Hal. Mañana a esta misma hora, volveré.

Luke Blasini abandonó la goleta en una lancha motora particular matriculada bajo otro nombre, dirigiéndose al club Náutico de Sarasota.

Había ya logrado obtener una personalidad de hombre de negocios, cuyas compañías de importación y ex portación habían sufrido en repetidas ocasiones registros policiales.

Luke Blasini, cuando los registros culminaban sin resultado perjudicial para él, juraba con vehemencia haber abandonado por completo toda actividad ilegal.

Había encontrado dos magníficos ayudantes ajenos a sus oficinas legales, en el piloto Hal Kerrigan y el beluario Yegor Krassov.

Y los otros subordinados, complemento de su contrabando de drogas, eran hombres muertos desde el mismo instante en que Hal Kerrigan los seleccionaba en Spring Key.

Como en todos los negocios, Luke Blasini tenía también un apartado de «imponderables»: pérdidas imprevistas, como cuando a fines del mes anterior el maletín con el dinero de nómina de la «Oil Gulf» quedó abandonado al pie de la columna de anuncios tras la que perdió: la vida Raymond Mortimer.

También era imponderable la pérdida de un alijo de «cáñamo indio», como el que interceptó un policía cubano, alto, de bigotillo fino, sonrisa burlona.

Cada vez que recordaba al hombre que le había descrito su enviado a Jamaica, para recoger el «cáñamo indio», Luke Blasini crispaba las manos, con íntima irritación.

Por dos veces, aquel policía alto, flaco, de cara achatada y sonrisa burlona bajo el fino bigotillo negro, lo había hecho perder: dinero en una ocasión, y en otra, a un excelente *gangster* enviado a liquidarlo.

No le conocía de nombre, porque no lo había mentado la prensa. Sólo sabía tomo era su aspecto físico y hasta conocía una señal de fácil identificación, que el traficante detenido en Jamaica y

sentenciado a catorce años de trabajos forzados, apreció en el policía de la Interpol que habíale apresado.

Aquel policía de burlona sonrisa y puños de hierro, tenía encorvado el meñique izquierdo, de resultas de una fractura complicada con la ablación de los nervios y músculos seccionados por el corte de cuchillo que buscaba su yugular.

Luke Blasini, desde el embarcadero del club pasó al lujoso salón, y poco después, reemprendía el regreso a Orlando, la céntrica ciudad de Florida, desde la que se tenían fáciles y rápidos accesos a todo el litoral.

CAPÍTULO XI

Alex Mortimer estaba mudándose de ropa cuando entraron Yegor Krassov y Delaney. Este dirigióse rectamente a la maleta abierta recogiendo, antes que su ropa, la funda pistolera.

Yegor, sentándose, miró a Romero, que estaba terminando su segundo café.

—Hombre prevenido, vale por dos —sonrió el cubano—. Y supongo que estará usted tan complacido de perdernos de vista como nosotros mismos. Mientras te cambias, puedes ir exponiendo el plan, Bruno.

—Parece ser que es para técnicos en joyas —dijo Delaney, vuelto de espaldas.

Mortimer vino a sentarse frente al beluario.

—Yo soy técnico en joyas.

—Somos —corrigió Romero—. Al grano, Yegor.

—Cada media hora pasa el autocar de línea entre los Sverglades y la capital, que os dejará en Tampa.

Krassov esperó algún comentario, pero todos aguardaron en silencio a que continuara.

—La policía sabe que los golpes se dan a intervalos de más de mes y medio y en ciudad distinta cada vez. Por eso mismo, no recelarán que se repita en Tampa, puesto que hace apenas veinte días que hubo allí...

—Si la banda dió espaciadamente cuatro golpes y en distintas ciudades, es lógico que la policía monte guardia cerrada en otras, pensando que no reiterarán, y bien elegida está Tampa. ¿Dónde?

—En el hotel Comodoro, mañana, es el cuarto día de la exposición del Trust Joyero—expuso Yegor.

Miró Romero a Mortimer, que manifestó:

—Conozco lo que son esta gira de exposiciones anuales de los Trust Joyeros. Un salón espacioso en hotel elegante, y de cada diez personas que asistan, una es del cuerpo de policías privados, de ambos sexos, y los hay entre los mismos camareros que sirven champaña con rodajas de fruta y pastelillos salados.

—Eso es, pero también hay millones en las vitrinas de exposición, Mortimer —alegó Delaney, viniendo a sentarse junto a Yegor.

—No es oro todo lo que reluce, porque exponen piedras que resultan invendibles por lo muy conocidas o aderezos cuyo solo valor está en la orfebrería, mala de revender.

—La vitrina de lapidario —rebatí Krassov.

—Sí. Piedras sueltas, dispuestas para ser montadas a gusto del comprador. Es la única vitrina que vale la pena. Pero tienen cristales blindados, y cuando cierran la exposición, duermen dentro de la sala unos cuantos detectives seleccionados, mientras otros pasean despiertos, rondando.

—No sois tan conocidos, que no podáis transitar por el hotel en la hora de más concurrencia, la del aperitivo antes del almuerzo del mediodía.

—Vitrina empotrada que no es transportable, señales de alarma, muchos detectives... Tu jefe escoge asuntos peliagudos, Yegor.

—Que producen muchos miles. El plan que sugiere el jefe es factible para hombres como vosotros tres. Yo os daré las señas de un garaje desocupado, en un callejón del Barrio Latino de Tampa, donde pasar la noche. Encontraréis allí un plano del hotel «Comodoro» con las dependencias de la planta baja, la tabla de los plomos, las salidas, la galería que da a los jardines y a la avenida posterior. El plano estará oculto entre el caucho y la goma de un neumático colocado bajo la mesa de reparaciones. Y en el interior del neumático deshinchado, dos lacrimógenas y dos caretas.

Avanzó el busto Mortimer, arqueando las cejas, y sus dos manos golpearon de plano la mesa, al decir aprobativo:

—Muy bien. Empieza a convencerme tu jefe, Yegor. El estallido de las dos píldoras, mientras uno de nosotros dispara contra el techo creará la confusión propicia. No es necesario matar a nadie, salvo en caso de defensa. En estas exposiciones, aunque sean con rutilante sol al exterior, dan luces para sacar mayor partido a los destellos de las piedras. Uno de nosotros las apagará, a un momento convenido, y yo me encargo de llenar la bolsa de cuero, mientras vosotros dos atendéis a que no se interponga nadie.

—Encontrarás también en el neumático, el libreto catalogo ilustrado, que con la relación numérica de vitrinas y contenido facilita el Trust a los visitantes del «Hotel Comodoro».

—Falta lo primordial —intervino Romero.

—¿Qué?

—El coche con que escapar.

—El hotel tiene embarcadero privado, y hay allí lanchas motoras, con las que os será fácil rasear la costa, abandonándola para ir a la milla catorce de la carretera 153, la misma por la que

ahora iréis en autocar. Allí, a partir de las dos de la tarde, aparcen coches delante de la cantina camionera. Coger el que se os antoje.

—Es el mejor sistema para eliminar rastro que comprometa al listo que planea todo eso —dijo secamente Mortimer—. Pero el golpe es bueno. No hace falta más lecciones, Yegor. Por mí, en marcha. ¿Dónde, al regreso?

—Uno a uno, con intervalo suficiente, a la goleta, si no está a popa la señal de alarma. Linterna apagada, pero colgando de cable a medio metro del garfio.

—¿Y el de los papeles y el cirujano?—inquirió Romero.

—Vendrá a la goleta anochecido.

Estaban ya en pie los cuatro, y Yegor tendió a Mortimer una cartulina doblada en cuatro pliegues, explicando:

—El plano de Tampa, con la señal del emplazamiento del garaje desocupado, donde pasaréis el resto de la noche. No convendría que subierais de día al autocar. Esta es la llave del garaje, Mortimer. Cuando cierres por fuera al iros, la tiras a la alcantarilla del mismo callejón. Os acompañaré hasta la carretera, para indicaros la parada lejos de la ciudad.

—No hace falta —denegó Mortimer—. Dinos cómo, que tú sólo eres elemento pasivo. Nosotros somos lo que andamos y actuamos.

—Salid por la empalizada de los tractores y remontad, al Norte, el sendero de carros, que os llevará al cruce con la carretera 153. Suerte.

Salió primero Delaney, seguido por Steve Romero, y tras ellos, Mortimer. Abandonaron los tres el cerco de lucecitas que marcaba los límites del «Ring Heaven».

Y habían caminado en silencio unos cinco minutos, cuando Mortimer, que iba detrás, dijo:

—Seguid por el camino y esperadme unos minutos, Steve.

Volviéndose, vió Romero la causa de la indicación hecha por Mortimer.

Clementina Lyon se aproximaba corriendo.

Steve Romero casi empujó a Delaney, y prosiguió hacia el camino. Alex Mortimer endureció aun más su rostro, cuando frente a él, la audaz domadora de tigres murmuró, temblorosa la voz:

—Me duele qué te vayas sin despedirnos, Alex. Yo nada te he hecho para que estés enfadado conmigo.

La diestra de Mortimer avanzó crispada hacia el rostro de muñeca. Abrióse para acariciar torpemente la mejilla satinada:

—No hay enfado entre nosotros, Clemy. Pero, por eso mismo, porque eres buena chica... me largo.

Retuvo ella contra su mejilla la mano varonil, rozándola con los labios. Alex Mortimer, molesto, retiró con brusquedad su diestra. Ella le miró apenada.

—Hay cosas que no puedes comprender, Clemy. Por ejemplo... que te he conocido demasiado tarde.

—Yo sólo sé que quisiera borrar de tu cara esta pena oculta... Déjame intentarlo, Alex. Mi padre necesita un capataz de tractoristas.

—Bien. Puede que vuelva algún día —mintió Mortimer, deseoso de arrancarse a la tentación que suponía permanecer frente a la sincera muchacha enamorada.

—No te vayas...

—Tengo un compromiso, pero volveré.

—¿Lo juras, Alex?

—Sí mujer. Anda, vuelve con los tuyos.

Ella se aferró a los anchos hombros, y besó en la mejilla al *gangster*, que la mantuvo abrazada, sin torpe intención, con puro anhelo imposible.

Y acariciándole el sedoso cabello, mientras ella se esforzaba en contener sus sollozos, añadió Mortimer:

—Escucha, Clemy. Sí no vuelvo al circo, te escribiré desde cualquier sitio fuera del Continente, y algún día podremos reunimos. Anda, vuelve con los tuyos.

Quiso ella decir algo, pero no pudo, truncándose su voz en sollozo dolorido, viendo alejarse precipitadamente al hombre que había despertado su corazón.

En el camino de carros, Bruno Delaney, divisando ya la cinta asfaltada, se detuvo, encendiendo un cigarrillo. Al apagar la cerilla, dijo:

—Mortimer lleva el mando y no es eso en lo que quedamos, Steve.

—Ya se hablará luego, en Tampa.

—Hal tiene el palpito de que Mortimer no está conforme con lo que le pasó a su hermano. Lo dijo así al que me esperaba en la goleta.

—¡Vaya! ¿Y qué pinta tiene el listo ese?

—Ni idea. Se camuflaba con abrigo y sombrero. Un tipo más bien pequeño. Ya lo verás mañana. Lo que importa poner en claro es que a mí no me da órdenes este atravesado orgulloso que se acerca.

—Ya lo aclararemos después.

Cuando Mortimer llegó, Romero interceptó el paso.

—Si nos metemos. Los tres en el autocar, llamaremos la atención, porque desde hace meses la Prensa habla de los «tres hombres malos», y por culpa de la naturaleza, nuestras caras no inspiran la idea de que somos bondadosos ciudadanos contribuyentes.

—Mejor vamos los tres juntos, en caso de ser reconocido alguno de nosotros.

—Convinimos en que a partir de pisar tierra de Florida yo llevaba el mando, Alex.

—Ni tú ni yo, y se trata de poner en práctica aquello que sea menos expuesto. Empezamos el viaje juntos y creo que así hemos de seguir. Tienes voz y voto, pelirrojo.

—A veces llevas razón, gran hombre. Vamos juntos al garaje, al hotel y a la goleta, Steve.

—Bueno, andando, pues. Pero el autocar sitios alejados. Y tú llevas el plano de Tampa. ¿Dónde bajaremos?

—El Barrio Latino, estará en el casco viejo, de la ciudad. Decidiremos en llegando allí el autocar. Iré delante y cuando baje me seguís. Y prestad atención a los postes de millas, para reconocer la cantina de la milla catorce.

La parada de la carretera tenía kiosco de periódicos, y al llegar bajo el cobertizo, compró Mortimer varios diarios, que resultaban útiles para mostrar lo menos posible el rostro dentro del autocar.

La mitad posterior del kiosco expendía bebidas, y cuando Romero pidió un café, a su lado, pero sin demostrar conocerle, Bruno Delaney pedía un combinado de Martini y ginebra.

Steve Romero sorbió el café flojo e insípido, arqueando las cejas en mueca sarcástica. Tenía junto al codo un teléfono público, donde bastaba deslizar una ficha por la ranura...

Pero al otro lado le rozaba el *gangster* pelirrojo.

Quedaba aún por delante toda una noche y una entera mañana. Se enjuagó la boca con coñac español, para quitarse el mal sabor del negro brebaje.

Uno de los postes del cobertizo quedó iluminado en la sección metálica lateral, que formó horizontal, señalando al Norte, y anunciando la llegada del autocar de línea, en el que subieron un mestizo semínola y los tres hombres procedentes de Spring Key.

El viaje hasta Tampa duraba una hora y cuarto, que los tres invirtieron de distinto modo: Bruno Delaney, fingiendo dormir, reclinaba la nuca contra el respaldo, y caído el sombrero hasta la nariz. Tres filas más atrás, a la izquierda, Steve Romero, cerrados los ojos, iba elaborando diversos planes mientras en la primera fila,

Alex Mortimer, desplegando un periódico, leía sin prestar atención constante, hasta que unas luces le hicieron identificar la cantina de la milla catorce, colocada a la izquierda de la autopista, en declive sobre el litoral.

El autocar hizo parada en Ibor Junction, cruce de arterias del barrio industrial con los callejones del Barrio Latino.

CAPÍTULO XII

Una ruidosa animación callejera caracterizaba el Barrio Latino hacia las diez de la noche, porque hacía ya cinco días que habían empezado las típicas fiestas anuales de la «Verbena del Tobacco», en la que los americanos de ascendencia hispano francesa celebraban la semana en la que la principal industria de Tampa, las cigarrerías, organizaba festejos nocturnos, concediendo al personal la mitad del horario de trabajo, para dedicarlo a la necesaria siesta.

En el garaje del callejón Tamaimi, cuando ya hubo comprobado Mortimer el plano del hotel, y examinado Romero las caretas planas, que podían colocarse bajo la americana para alzarlas al estallido de las dos lacrimógenas de poco volumen, dijo Delaney:

—Supongo que no nos vamos a cubrir de musgo toda la noche aquí dentro, mientras fuera hay jolgorio. Además, tengo hambre, y quiero cenar a modo.

—Vamos a ello —asintió Mortimer—. A ninguno de los tres nos buscan por este Estado. Cenaremos en cualquier restaurante cercano.

—Un momento. Mañana hemos de trabajar y si sale bien, mejor, pero lo que sí me consta es que esta noche estoy vivo y tengo ocasión de celebrarlo, sin para ello armar ruido, Alex. Después de cenar, podemos ir a alegrarnos los ojos en cualquier cabaret.

Alex Mortimer miró con dureza al policía.

—Parece mentira que seas tú el que preponga eso. Te consta que no nos conviene hacernos demasiado visibles.

—Hay fiesta, hay turistas, y pasaremos desapercibidos —manifestó Delaney—. Estoy contigo, Steve.

Encogiéndose de hombros Mortimer, y poco después, los tres entraban en un restaurante, mejicano por el decorado y semínola por el personal de servicio.

La animación que por doquier reinaba ensombrecía aun más a Alex Mortimer, porque en cada pareja que pasaba, charlando confidencialmente o riendo alegremente, veía manifestaciones de una existencia que le estaba vedada.

Sólo si conseguía, documentación nueva y dinero, sin necesidad de operaciones faciales, podría desde Australia solicitar que Clementina accediera a reunirse con él.

Pero se acentuó su mueca melancólica. Ella no abandonaría el circo.

Al terminar la cena, Steve Romero mostró un programa que se repartía por todas las mesas.

—Podemos tomar una copa en el «Cracker», Alex.

—Yo vuelvo al garaje, y ya vendréis cuando se os antoje.

—Préstanos uno de cien, jefe —sonrió el policía.

—Cuanto menos dinero tengáis, antes volveréis Sólo pago la cena. Sois mayorcitos pero nunca pensé que fueras de esta clase de pájaro bobo, Steve. Una noche como esta no es para correr juerga, que tiempo os quedará en el futuro.

—Puede que sí, puede que no. Hasta luego, Alex.

Cuando ya se había marchado Mortimer, rezongó Delaney:

—A ese le voy yo a dar un susto y pronto. No me gusta nada.

—Tampoco le gustas tú a él. Vamos al «Cracker».

El local contenía dos pistas, donde se alternaban con el baile, atracciones diversas, y también celebrábanse veladas de boxeo y lucha. En derredor, había tres pisos de palcos, con bar en cada rellano.

Eligió Romero el piso más alto, que tenía terrazas con comedores particulares, cuyos ventanales abrían sobre la bahía de Tampa.

Un camarero negro sirvió la consumición pedida, un frasco de champaña de Nueva Orleans, y pagó el policía.

Bebida la primera copa, dijo Delaney:

—Mejor hubiéramos estado en un palco viendo gente, Steve.

—Puede que sí, puede que no, pelirrojillo —y más acentuada que nunca la burlona sonrisa, añadió Romero—: Primero nos pondremos en forma y después te invitaré a un baile salvaje.

—Prefiero bailar con una rubia.

—La noche es aun joven, como dijo poeta inglés. Nunca me has explicado por qué te fuiste de Nueva York, dejando un buen empleo.

Bruno Delaney poseía, como todos los de su calaña, la complacencia de alardear de sus hazañas, fechorías que le daban realce ante los que suponía de su misma ralea.

—Enzio Anastairs, mi jefe por entonces, tenía cogido el mando del servicio portuario del dock tercero. ¿Conoces este negocio?

—No.

—Los estibadores que no querían someterse a las órdenes de mi jefe eran pocos. No se les exigía nada de particular. Simplemente colocar paquetitos en algún fardo, o retirar otros, procedentes de

Europa, de los puertos belgas y franceses. Hubo dos estibadores que pensaron que yéndose asunto acabado. Les seguí hasta Nueva Jersey, pero allí complicóse el programa.

—Pero tú sabrías resolverlo, seguro que sí.

—Los dos desertores habían ido a casa de unos amigos suyos, un matrimonio, no me amilanó el que fueran cuatro.



El autocar hizo parada en Ibor Juntion, junto al barrio latino...

—Tres, pelirrojo, porque las mujeres no cuentan.

—Yo tengo mi opinión en esto. Ellas chillan, y es preferible

empezar por ellas. Entré por la ventana, y me bastó un cargador para liquidar el asunto.

Steve Romero se puso en pie. Ya no sonreía.

—Vamos a dar un paseo, Delaney.

—¿Ahora? Ya que estamos aquí, bajemos a la pista.

—Vamos a dar un paseo, Delaney.

La expresión corriente entre *gangsters* adquirió, para Delaney, un aspecto nuevo. Solían ser ellos los que invitaban entre varios a una víctima, y en el mismo tono que estaba usando Romero.

—Te sentó mal el champaña, tú —masculló el *gangster*, poniéndose en pie.

—Dame la pistola, Delaney.

Steve Romero, a un paso de distancia, tendía la zurda, cuyo meñique estaba encorvado, destacándose en la palma abierta.

—¿De qué va el juego? —quiso saber receloso Delaney, agachando la cabeza y colocadas las dos manos en las solapas de su abierta americana.

—Vas a llevarte una amarga desilusión cuando sepas que aquel muchacho llamado Stuart Williams disfruta de excelente salud. Era de la Interpol, como yo. Dame tu pistola, Bruno Delaney.

La diestra del *gangster* rozaba ya la funda, y súbitamente saltó a un lado.

En su muñeca aferróse la zurda del meñique encorvado, mientras bajo su barbilla chocaba el puño diestro del policía.

Repelió con salvaje fuerza Delaney la primera acometida, alzando la rodilla y asestando un puñetazo demoledor, con la zurda.

El flaco anglo cubano esquivó ambos golpes, retorciendo la muñeca mientras su puño derecho hincábase en contundente gancho en el estómago y su codo izquierdo chocaba contra la mandíbula del *gangster*.

Bajó con ímpetu la cabeza el pelirrojo, pero en giro rápido, Steve Romero lo aupó sobre su hombro izquierdo, atrayendo por la mano que aun no había asido la pistola.

La llave de yudo volteó al forzado *gangster*, que, al chocar de espaldas contra el suelo, se encontró con la suela de un zapato sobre su garganta, presionando.

Y la rodilla huesuda del policía hincóse en su pecho.

—Sólo las mujeres chillan —jadeó Romero, que tiraba ya a un rincón la automática que acababa de arrebatarle al *gangster* y abatía el puño derecho sobre la boca del que ira a gritar.

En desesperación salvaje, consiguió Delaney zafarse dirigiendo ambas manos hacia los ojos y cabello del policía.

Crujieron los huesos de su mandíbula al recibir el *uppercut* en corto, doblado por un veloz gancho en su estómago, y toda la ciencia pugilística del asesino se redujo a nada cuando aplicó Romero, a la vez que esquivaba los puñetazos en aspa del medio *groggy* pelirrojo, un golpe seco con el canto de la mano abierta, a un lado del cuello.

Desplomóse Bruno Delaney, inerte, conmocionado.

Steve Romero recogió la pistola propiedad de Stuart Williams, y fué a sumergir las dos manos en la cubeta de agua, donde los trocitos de hielo flotaban en torno al casco encapucho de papel dorado.

La corbata, los cordones de zapatos, los tirantes y el forro de la americana del *gangster* sentenciado a muerte por cuatro asesinatos demostrados, fueron convirtiéndose en sólida mordaza y prieta ligazón que unía a sus espaldas, tobillos, muñecas y codos.

Ningún agente de la Interpol, en misión secreta, llevaba aros de acero. Recibían un entrenamiento especial, al ser seleccionados, y una de las muchas asignaturas prácticas era saber emplear los materiales más inverosímiles para convertirlos en sólidos ligamentos.

Cerró Romero el ventanal y abandonó el comedor particular para en la terraza, esperar el paso de algún camarero. Y al acercarse el negro que les había servido, preguntó sonriente:

—¿Un teléfono cerca de aquí?

—Junto a los lavabos al final de los palcos interiores, señor.

—Un poco lejos. ¿Hay Salida particular desde aquí? Mi amigo ha celebrado demasiado la fiesta.

—Al final de esta terraza encontrará el ascensor.

—Gracias.

—A usted, señor —canturreó complacido el negro al hacer desaparecer en su diestra el medio dólar que le entregara Romero.

—Transportaré a mi amigo yo mismo. Avise a un taxi y que espere en la salida donde dé el ascensor aquel.

Poco después, liberando los tobillos el conmocionado *gangster*, lo cargó Romero a un lado, manteniéndolo por la cintura, y tirando del brazo inerte, en torno a sus hombros.

Cuando lo hubo colocado en el asiento del taxi, reclinándolo a un lado, ordenó:

—Al centro.

El chofer, a la vez que pisaba el acelerador, comentó:

—La cogió fuerte el amigo. ¿Le dio por comer vidrio?

—Puede que sí, 733 —sonrió amablemente Romero, aludiendo

al número sobre la visera de la gorra del chofer—. Lléveme a la comisaría central, y como es lógico, usted no sabe nada de nada. Sólo que recogió a un par de compadres mareados.

—Lo que usted diga.

—En Comisaría firmará un sencillo volante, Jimmy.

—Carl Anderson, «cop» —rió el chofer, dando el apelativo amistoso de los policías.

Poco después, ayudaba a transportar al cuerpo de guardia al que continuaba inconsciente, y que iba a tener un desagradable despertar.

CAPÍTULO XIII

El jefe de policía de Tampa, al entrar en su despacho, donde aguardaba Steve Romero, tendió la diestra.

—Me han comunicado que un colega de la Interpol ha traído a un reclamado y que necesitaba hablar conmigo.

—¿Puede darme línea privada en Miami y precisamente con el capitán Fred Howard?

Examinado el carnet que presentaba Romero, asintió el comisario, que, sentándose, conectó el dictáfono.

—Línea directa con el domicilio del capitán inspector. Deme la transferencia cuando sea localizado el capitán Howard.

Desconectó y presentando la caja de cigarros, dijo:

—He dado por buena su recomendación al sargento de guardia, de no hacer constar en el parte el ingreso de Bruno Delaney. Le están colocando unos puntos de sutura, encerrado en la celda de transeúntes importantes. No constará nada referente a Delaney, cuando venga el chico de las gacetillas de madrugada.

—Delaney tiene sentencia de muerte por cumplir en Nueva Jersey, y si trasciende su captura antes de pasado mañana, no podría llevar a buen fin mi misión. ¿Tiene en su fichero algún dato sobre un tal Alex Mortimer?

—Últimamente, consulté mi «índex» sobre un Mortimer, Raymond.

En el armario empotrado que ocupaba todo el lienzo izquierdo del despacho, el comisario abrió uno de los cajones, tras haber pulsado en el rimero de teclas la sílaba Mor.

El aparato interior, fichero rotativo, mostraba otro rimero de teclas junto a una corredera que, verticalmente, contenía todas las letras del alfabeto.

Con el índice empujó la pequeña flecha metálica, desde la ranura, que correspondía a la letra de arriba, la primera del abecedario, hasta la letra, «l». Después la subió hasta la «e» y, por fin, a la «x». Pulsó la tecla Mor.

Se oyó un clic metálico y bajo el fichero rotativo deslizóse una cartulina que recogió el comisario, tendiéndola a Romero.

—Usted mismo, jefe —sonrió el agente de la Interpol—. Un resumen.

Examinando la ficha diciendo el comisario:

—Treinta y dos años, especialista en asaltos a joyerías, evadido de Trento, Nueva York, donde cumplía condena de veinte años por complicidad en la muerte de un joyero. Reapareció en Springfield, causando lesiones menos graves a un agente que le perseguía, tras haber asaltado otra joyería, solo. No empleó su arma. Pasó a Centroamérica. Se vuelve a saber de él en Veracruz, tras el fracaso de otro asalto a joyería, y se fuga del presidio, donde esperaba ser trasladado a Nueva York. Sin noticias, desde esta anotación, de fecha, cuatro de este mes.

—¿Muertes?

—Disparó el que iba con él, en la joyería de Nueva York. Pero la reincidencia en asalto de joyería a mano armada, en Springfield, le dobla la ya duplicada condena por evasión. Cumplió seis años de condena en Trenton, o sea, que tiene que cumplir cincuenta y seis años de condena, sin derecho a reducción ni indulto.

—Un caso claro de hombre que no se dejará coger con vida.

Repiqueó el teléfono de sobre la mesa y el comisario, al cogerlo, saludó:

—Buenas noches, capitán Howard. Un agente de la Interpol, llamado Steve Romero...

—Que el hombre de servicio en la centralilla tome nota taquigráficamente de cuanto hablemos Romero y yo, comisario. Pase el aparato al muchacho de la Interpol.

Steve Romero empleó su habitual expresión «vamos al grano», prácticamente:

—En Spring Key, calle Lafayette, número 16, tienda de instrumentos musicales, anida el piloto Hal Kerrigan, dueño de la goleta «Gipsy» actualmente anclada en este puerto de Tampa. El beluario Yegor Krassov efectúa los transportes de pistoleros embutiéndolos en un compartimento entre dos jaulas de tigres, y da alojamiento en el «Ring Heaven», haciéndolos pasar por ayudantes provisionales. Nadie en el circo está mezclado en el tráfico. Me ha sido preciso apartar de la circulación a Bruno Delaney, aquí recluido, en espera de ser trasladado donde pertenezca. Tengo que volver a un garaje del callejón Tamaimi, cuyo zaguán está marcado con el número siete. Podré ver al jefe de esta organización, hoy al anochecer, en la goleta. Es de todo punto esencial que ningún colega nuestro ronde el garaje, ni la goleta, salvo que ésta, a partir del momento en que yo subiera, zarpase.

—Colocaremos un observador a distancia, con prismático de largo alcance muchacho. ¿Qué más?

—El plan que hemos de llevar a cabo Alex Mortimer y yo consiste en asaltar la vitrina de piedras preciosas expuestas en el «Comodoro», entre doce y dos. Con el botín, tenemos que escapar, coger una motora, y en la milla catorce de la carretera 153 saltar a cualquier coche que nos lleve al puerto. Y entonces subir a la goleta...

—Ya, ha arriesgado bastante, muchacho.

—Si no se simula el asalto, no podré ver al misterioso embaucador de pistoleros desesperados. Y me temo que Kerrigan y Yegor no revelarán su identidad, puesto que supondrán que libre les puede ser útil el que ha planeado esta organización.

—Bien, arregle con el comisario todo esto. Me pongo en camino ahora mismo, para llegar a media mañana.

—Vuelvo a reunirme con Mortimer.

—Usted sabrá explicar la ausencia de Delaney. Lo convenido fué carta blanca hasta el fin. Pienso que puede simularse el asalto al Trust, colaborando nosotros, yendo usted solo a la goleta. Sería un peligro menos darle a Delaney la compañía de Mortimer

—Según la reacción de Alex Mortimer, actuaré, señor. ¿Ordena algo?

—Mi enhorabuena, y espero tener pronto el placer de charlar con usted, Steve Romero, y verle la cara de «hombre malo». De corazón, le deseo suerte. Ceda el auricular al comisario.

Y desde Miami, con expresión ceñuda, el capitán Howard terminó su conferencia en línea secreta policial, diciendo:

—Acepte todas las sugerencias del agente Romero, comisario. Al fin y al cabo, parece ser que el único medio de capturar al que planeó esta organización es que llegue hasta él nuestro colega.

Explicó Romero como estaba planeado el asalto a la vitrina de piedras sueltas de la exposición del Trust. Expuso que Alex Mortimer podía serle un auxiliar, puesto que su intención vengarse del que envió a la muerte a su hermano. No dejaba de reconocer que Mortimer era un sujeto peligroso, y que su credo profesional le obligaba a conducirle a buen recaudo, pero no podía tratarle como a Bruno Delaney.

—¿Siente usted lastima por un atracador?

—Ninguna. Me limito a pensar que en Tampa puede haber alguien que, desde más o menos cerca, compruebe si el plan es llevado a cabo. Por eso tengo que rechazar la posibilidad de volver solo, y habré de fingir que traigo en un saco de cuero las piedras preciosas, que me permitirán enfrentarme con el principal de la organización.

—Mortimer puede disparar contra alguien...

—Sí. Tendré que hacerle dormir unos momentos, y entonces le cambiaré por cartuchos sin plomo en un cargador lastrado el de su «Savage» nueve corto. Aleccione al personal de vigilancia en la Exposición. Disparos al aire, simulen perseguirnos... En fin, a su cargo queda todo lo referente a la tramoya.

—No aceptarán que se lleven las piedras legítimas.

—Que coloquen buenas imitaciones.

—Mortimer es técnico en piedras preciosas.

—Podrá rabiarse pensando que, como ocurre a veces, los del Trust han colocado los duplicados. A la hora del aperitivo, iremos ahí él y yo. Tenga en cuenta que también en la cantina de la milla catorce conviene, por esta vez, que no surjan ciudadanos valientes. Pudieran estropearlo todo.

—¿Cuándo ha de verse con el desconocido mandón?

—Al anochecer en la goleta, y sólo a él, cuando nos cercioremos de si existe el cirujano y el donador de documentaciones, le mostraremos las piedras preciosas. Su observador que comunique con el servicio de patrulla guardacosta, si zarpa la goleta.

—¿Cómo piensa explicarte a Mortimer su regreso sin Delaney?

—Bebió en exceso, se puso peligroso, pegó a alguien, tuve que sacarlo a rastras, y en la playa quiso matarme en vulgar reyerta. Lo evité, lastrándole con arena, en tumba líquida. Bien, si no manda otra cosa, señor, vuelvo a mi cometido.

—Recuerdo ahora que se le mencionó en nuestros archivos, a raíz de aquel asunto en Jamaica, estupefacientes. Insinuó usted que era Luke Blasini el que debía recibir la droga incautada.

—Sin poder demostrarlo.

—Hace tiempo que tratamos de demostrarle algo a este individuo, y si lo he mencionado es porque ronda mucho por las ciudades de Florida, debido a sus negocios de exportación e importación, y podría reconocerle, si una de estas fortuitas casualidades, tan corriente en la vida normal, se diera.

—En todas las actuaciones de la Interpol nunca aparecemos en la Prensa, señor, ni con retratos ni siquiera nombres. Un anónimo que nos resulta esencialmente preciso. En cambio, con respecto a Blasini, tengo yo la ventaja de conocerle porque le gustaba retratarse durante la temporada de vacaciones que pasó en La Habana.

—Cuando el mandón llegue a la goleta, si nuestro observador lo divisa, acudiremos.

—De acuerdo, señor. Me gusta el riesgo. Y si llevo hasta el límite

esta investigación, es porque es obligatorio y resulta el único medio hacedero de atraer al señuelo de las piedras preciosas al jefe de la banda cuyos elementos fijos son Kerrigan y Yegor, y provisionalmente, desgraciados como Mortimer. Hasta pronto, señor.

En su despacho, el comisario en jefe de Tampa meditó que si hubiese encontrado por la calle al agente Romero le habría hecho seguir para averiguar si sus nombres constaban en el fichero «Index» de hombres malos.

CAPÍTULO XIV

Steve Romero, palpando en su bolsillo el cargador del nueve corto para «Savage», lastrado y sin bala de plomo, que le habían proporcionado en la comisaría central, repicó suavemente con los nudillos en la puerta del garaje del callejón Tamaimi.

Entró y corrió el cerrojo.

—Te fuiste con uno y vuelves solo —dijo Mortimer, volviendo a echarse boca arriba en la hamaca tendida entre dos garfios a un lado del cerrado recinto—. Me estás resultando un blanducho, Steve. Como si lo viera. El pelirrojo quiere ver amanecer frente a una botella, con una muchacha al lado.

Steve Romero desenrolló la hamaca tensándola entre los otros dos postes, distanciados dos metros de los que soportaban la ocupada por Mortimer.

—Peor —dijo vuelto de espaldas, pero despiertos todos sus sentidos.

—¿Peor?

—Cruz y raya sobre Bruno Delaney.

Saltó abajo de la hamaca Mortimer, cerrados los puños, fulgurantes los negros ojos...

Frente a él, Romero añadió calmosamente:

—No vayamos a repetir lo que pasó entre él y yo, Alex. Se puso tonto, bebido en exceso, y quería pelearse con uno... Pude sacarlo sin compromiso, llevándole a refrescarse, pero en la playa le dió por querer golpearme. Nos enzarzamos y quedóse bajo unos metros de agua de mar, con arena suficiente para que no remonte a flote en varios días.

—¡Maldito seas! Tú fuiste el que iniciaste la fiesta. Necesitábamos de. Delaney, para que diera el apagón. Yo había jurado nunca más trabajar con nadie... desde que me pasó lo de Nueva York.

—Los dos valemos lo bastante para intentar el golpe, Alex.

—No digas imbecilidades, fanfarrón del diablo.

—Dos caretas, dos lacrimógenas y dos tipos decididos.

—Quien se acuesta con párvulos, amanece excrementado. Por el catálogo he deducido que en la vitrina habrá cerca de doscientos mil en bruto. Y por culpa de dos pájaros bobos, que eran grandes

amigos, y luego el uno entierra al otro... ¡Al diablo contigo! Yo abandono, y tan pronto amanezca me vuelvo a Sarasota.

—Como quieras. Ya me dirás lo que decides al despertar.

—¿Para qué, flojo?

—Porque si estás dispuesto a dejarlo, puede que yo encuentre a otros que me ayuden.

—¡Bah! Ya estoy metido en danza y bailaré hasta el final —dijo Mortimer, volviendo a echarse boca arriba.

En mangas de camisa, no llevaba la clásica funda sobaquera. Su liso abdomen le permitía ocultar en los bolsillos interiores pistola y cargadores de repuesto.

Cerró los ojos, para al cabo de unos minutos, decir:

—Por mí puedes apagar la luz.

Steve Romero lo hizo así. Poco después, emitía a regulares intervalos exhalaciones de respiración, como un durmiente plácido.

Pasaron más minutos, y por fin oyó el suave rumor que identificó. Alex Mortimer, para dormir sin molestias, dejaba la pistola y los dos cargadores en los bolsillos de su americana colgada del garfio a los pies de la hamaca.

Sólo una hora después el agente de la Interpol decidió a verificar el cambio del cargador inofensivo, por el contenido en la «Savage» del durmiente.

Empleó largos minutos, laboriosos, tensos, acechando en la obscuridad cualquier posible gesto agresivo del *gangster*. Pero no hubo la menor variación en la postura de éste, tendido a un lado, reclinada la cabeza sobre su doblado brazo.

Y antes de coger el sueño, Steve Romero libró un combate íntimo entre sus dos personalidades: la del agente al servicio de la ley, y la de hombre que, virilmente, reconocía que el *gangster* merecía un castigo por haber elegido la vida del delincuente, pero que aun era capaz de acciones honradas, como lo había sido desengañar a la gentil Bebé Lyon.

Despertóle el ruido de chorro del grifo bajo el que Mortimer verificaba sus abluciones, y habituado a su laconismo, esperó Romero a que fuera el *gangster* el primero en hablar.

Estaba acabando de vestirse, cuando permaneció expectante...

Mortimer acababa de extraer su «Savage» y haciendo funcionar la recámara, dejó caer en su palma zurda el cargador, que sopesó. Gestos maquinales.

Con golpe seco, volvió a introducir el cargador, y colocó el arma en el bolsillo de dentro, contra los músculos dextroabdominales.

—Vamos a desayunar a modo, Steve, y después echaremos un

vistazo a los alrededores del hotel.

A las diez y media de aquella mañana, el empedrado del callejón era menos resbaladizo, al haberse ya evaporado el relente nocturno.

Tras un copioso desayuno en una cafetería del Barrio Latino, donde ambos demostraron tener buen apetito, encamináronse despacio hacia el suntuoso barrio de los chalets y hoteles playeros.

Había una multitud, de pequeñas embarcaciones de deportes náuticos, y en el ancladero del «Hotel Comodoro» abundaban las yolas, canoas y fueras-bordo.

Mirando hacia el mar, como dos paseantes más, comentó Mortimer:

—Para un recorrido corto, nada mejor que aquella motora cuyo espejo de popa dice «Chris-Craft III».

—Un cacharro de lujo y veloz como ninguno. Sé manejarlo.

—Esa parte es la más fácil, ya que la cantina de la milla catorce se divisa bien desde el mar. Conviene, cuando salgamos a toda marcha, que dirijas la proa como si buscáramos ir mar adentro, y das viraje allí, en aquella punta. Concretamos, acepto tus sugerencias, Steve.

—Se aproximan las doce y es buena hora. Entrás tú primero, y yo te sigo de cerca. Llevamos lo mismo: careta y lacrimógena. Ya hemos acordado la retirada, que yo cubro. Tan pronto examines la vitrina, cuyo blindado sólo colocan fuera de las horas de exposición, yo tiro la píldora en barrera ante la puerta. La tuya hacia la ventana izquierda, y entonces rompes a culatazos el cristal. Un par de minutos bastan para salir de estampía.

—De acuerdo, con una variante: la señal de actuar la daré yo lanzando la píldora entre las dos ventanas de escape. Fíjate en mí, para lanzar la tuya al mismo tiempo, cerrando el paso de los que acudan desde vestíbulos. Voy para allá, Steve. Sígueme a unos veinte pasos, y en la retirada conviene que llegues antes a la canoa, y es preferible no disparar, salvo si nos cerraran el paso.

—De acuerdo.

Alex Mortimer penetró en el amplio parque frontal del hotel, y poco después atravesaba el amplio vestíbulo, el bar y salón de té, penetrando en la sala de exposición de joyas, donde había ya una decena de personas.

Un enguantado lacayo le tendió un lujoso libreto catálogo, pero Mortimer lo rechazó.

Aproximóse a la vitrina primera, que contenía esmeraldas. Pasó a la segunda, de joyas montadas en primorosa orfebrería. En la tercera estaban las piedras sueltas, y casi al lado, la más más

reducida que imitaba una concha forrada de raso azul oscuro, donde fulgía un extraordinario aderezo.

Collar, pendientes y brazaletes, de límpidos diamantes, montados en platino.

Insertó la diestra en el bolsillo interior y su zurda tocó el elástico de la careta que llevaba a modo de chaleco, bajo la americana.

Realizó con precisión los tres movimientos: lanzar la esferita lacrimógena en el espacio en de los grandes ventanales, alzar la careta, soltando el broche y golpear con la culata en la vitrina.

Las dos sordas explosiones inundaron de acre aroma la sala y varias toses espasmódicas repercutieron.

Alex Mortimer corrió velozmente, tirando la careta apenas saltó de la terraza al jardín. Corría en larga zancada, sin mirar atrás, y atravesando la alameda, se le adelantó Romero.

Personas corriendo de un lado para otro, preguntas, gritos, una confusión propicia, y, por fin, la canoa bamboleándose al doble salto de los que la invadían.

Steve Romero empujó con la pértiga, lanzando a la pasarela, de madera el cable de amarra.

Sonaron varios disparos y chillo estridente una sirena de alarma policial.

La canoa levantó penachos de espuma en abanico abriéndose al corte veloz de la proa.

Alex Mortimer, en el banquillo de popa, miraba, hacia atrás. Varias embarcaciones partían en persecución tardía.

La canoa viró doblando la punta al Sur, para internarse en la rada anchurosa, donde otras canoas, algunos *snipes* y varios *outboards* trazaban ya caprichosas evoluciones.

El petardeo del poderoso motor ensordecía, hasta que enfiló la canoa un entrante, a cuyo extremo, junto a la roca plana, había plataforma para bañistas y ganchos de amarra.

El motor fué silenciándose, y la canoa quedó atracada de costado. Desde la roca, los dos remontaron el sendero hacia la carretera, y se detuvieron bajo la sombra de un grupo de palmeras.

Un paisaje plasmado en carteles de agencia de viajes, se embellecía por la quietud del mar azul, y la fragancia primaveral de Florida.

—Todo ha salido a pedir de boca —dijo Mortimer—. Tan sencillo que casi ha resultado asombroso. Dispararon cuando ya estábamos fuera de diana. Pero hay algo que vamos a modificar, Steve.

—Tú dirás.

—La carretera estará vigilada de ciudad a ciudad, así como toda la costa. Habrán dado nuestras señas, pero durante las fiestas abundan individuos forasteros. Vamos a atravesar la carretera, internándonos, y podemos encontrar un taxi en algún pueblo de aquí a Orlando. Un rodeo necesario.

—El chofer de taxi dará nuestras señas. Bien, no importa. Pero antes de atravesar la carretera, atento a cualquier ruido de motor.

Media hora después, llegaban a Lakeland, en cuya estación, varios coches de alquiler esperaban viajeros.

Había al principio de la calle descendente, un garaje que alquilaba coches sin chofer, y pagó Mortimer los trescientos dólares de fianza rellenando con falsa identidad el contrato de alquiler por dos días.

Se puso al volante Romero y el «Plymouth» tipo antiguo, pero bien rectificado y con motor excelente, emprendió el descenso de unión con la carretera secundaria del interior.

A su lado, comentó Mortimer.

—Nos buscarán por toda la costa. Iremos hacia el Sur, para hacer tiempo, y llegar a media tarde al puerto de Sarasota.

—No abulta el saco de cuero donde metiste las piedras.

Alex Mortimer, encendiendo un cigarrillo, dijo:

—Técnicamente, me decidí, por la vitrina cuarta. Un aderezo de diamantes, que mal vendido en cualquier ciudad de Centroamérica me proporcionará unos ochenta mil.

Steve Romero fué frenando lentamente. Contra su costado notaba la significativa presión un cañón de la automática de Alex Mortimer, que, brazos cruzados, sonreía con melancólica expresión.

CAPÍTULO XV

—Sigue con las manos al volante, gato. No soy ninguna rata yo. Y anoche me extrañó tu deseo de correr una juerga con Delaney. Tenías demasiada categoría para portarte como un imbécil. Cuando salisteis del restaurante donde cenamos, fuí tras vosotros y esperé luego frente al «Crakers» en un bar. Te seguí, en otro taxi, y al verte salir solo de la comisaría central, volví al garaje. No estaba mal el golpe y sabes manejarte, gato, pero te repito que yo no soy ninguna rata.

Crispadas las manos en el volante, Steve Romero miraba por el espejo retrovisor al que, a su lado, añadió:

—Comprendí que no ibas a detenerme, sino que, por motivos distintos te proponías lo mismo que yo: verle la cara al que emplea pistoleros reclamados, enriqueciéndose con la muerte de los que trabajan para él. Te advierto que el cargador que ahora está dentro, no es el lastrado.

—Piensa en lo que vas a hacer, Mortimer.

—Lo tengo pensado. Un Bruno Delaney en estas condiciones, apretaría el gatillo. ¿Qué harías tú si en vez de estar a punta de cañón sujetaras la culata?

—Somos de otro gremio. Alex Mortimer.

—Exacto, Steve. Tú tienes por delante libertad, posibilidad de vivir decentemente, y yo no. A mí me esperan cincuenta años de presidio. Vas a bajar del coche, Steve. Este sitio es tranquilo, poco transitado y tardarán en encontrarte. No tengo por qué matarte, ya que me has proporcionado una fortuna. Me bastará con amarrarte.

—Me llamaste gato y has de ponerme el cascabel, Alex. Yo no bajo del coche por mi voluntad. Dispara tranquilamente, hombre. Y mientras que otros sigan muriendo, como Raymond Mortimer, en beneficio de un cobarde embaucador, que ni da papeles ni tiene cirujano...

—Ese ya me tiene sin cuidado. No sois torpes los de la policía y ya estarán acechando la goleta y quien a ella sube. Te advierto una cosa, Steve. Sin rencor, cada cual obra como es, o como la vida le ha hecho. Si me obligas a disparar, lo haré. Tanto me da que en el porvenir tenga qué morir por negarme a volver a presidio, que por negarme a ir al patíbulo. De todos modos, Raymond será vengado.

—Sólo acudirá a la goleta el que envió a morir a Raymond, si en ella está uno de nosotros con las joyas.

—Ya daré aviso a la comisaría de Sarasota, para que vengan a buscarte, y si tienes empeño en que te acribillen, allá tú. Ahórrame el mal trago a mí.

—Estas joyas las has podido coger, porque...

—Tu responsabilidad es grande, de acuerdo. Pero eres inteligente, gato. ¿Crees que puede convencerme ningún argumento tuvo, teniendo yo la perspectiva de cincuenta años de cárcel?

—Lárgate y deja las joyas. Te doy mi palabra de hombre, que presentaré mi dimisión como Policía, por tu fuga. Pero he comprometido a varios de mis jefes en torno al volante.

—¡Qué pena! —dijo secamente Mortimer—. Baja, Steve.

—Dispara, Alex —respondió sonriente, aunque lívido el rostro, Steve Romero.

El cañón presionó con más fuerza en el costado del agente y éste ladeóse un poco, conservando las manos en torno al volante.

Sombría la expresión, dijo Mortimer:

—Si has sabido comprender que yo no soy un asesino, no me conviertas en lo que no fuí, ni quiero ser.

—Deja las joyas y vete lejos. Te doy mi palabra que no explicaré lo que ha sucedido hasta que termine mi misión. Te queda tiempo para llegar en este coche a Key West, y regresar a los Keys, en tanto que otro policía, que no seré yo, te coja... o mueras Mortimer.

También ladeado, vigilante, Mortimer retrocedió un poco cambiando de mano la automática.

—Tengo debilidad por los imbéciles que saben jugarse la vida hasta el final, pero se trata ahora de mi propia vida, policía. Puede pasar otro coche como el que acaba de cruzarse y ha durado demasiado la discusión. Baja.

—Acepta mi trato. También yo tengo debilidad por los hombres malos que no son asesinos. Deja las joyas y vete. Tíralas a la cuneta y bajaré. Que te pesque otro, porque yo iré a cumplir condena por haberte dejado escapar.

—¿Qué clase de pájaro bobo eres? Prefieres morir porque estás imponiendo condiciones, olvidándote de que en mi situación no estoy para sermones.

—Puede que lo comprendas, Alex Mortimer. Si he de morir, será sonriendo sin rencor, porque otro compañero mío pondrá fin a tu mal camino. ¿Y sabes por qué nos da igual morir? Porque tratamos de evitar que tipos como Delaney maten a mujeres como tu Clemy. Y cuando nos balea uno de tu gremio no morimos rabiosos, pues

nos reconforta saber que no es inútil nuestra muerte. Otro compañero nos relvará, y así, mujeres como tu Clemy podrán vivir tranquilas en su hogar. No achagues al destino la culpa de lo que te sucede, Alex. Un hombre como tú hubiera podido trabajar decentemente. Quizá aún te quede esperanza... Escóndete en cualquier parte donde confíes substraerte al castigo que mereces, y busca lo que puede ser tu redención: trabajo, un hogar... Tira las joyas a la cuneta, Alex, y bajaré. Te olvidaré por completo hasta que termine mi tarea. No me ordenaron capturarte, sino capturar la banda. Otros compañeros míos te buscarían, incluso en el sitio más recóndito, si pretendes huir con las joyas dejándome fuera de combate. Sin rencor...

—Por como has hablado, sé que ya no hay engaño, policía. ¿Qué les dirás a los tuyos?

—Que tuve que elegir entre tu fuga con las joyas o tu retirada del mal camino, abandonando una fortuna, que mi torpeza te ha entregado. Mi honor de policía contra tu posible regeneración. Me formarán un expediente, seré expulsado... pero tal vez esta derrota mía la considere un triunfo.

Alex Mortimer sacó de sus bolsillos las rutilantes gemas tirándolas con rabiosa exasperación a la cuneta. Mantuvo enhiesta la automática.

—Baja ya, predicador, antes que me arrepienta. Eso es lo peor que le sucede a uno. No ser del todo un rufián, ni haber sabido...

—Lo mismo me pasa —sonrió con emoción el policía—. No acabo de ser lo bastante rígido... Y creo que nos ocurre a todos los seres humanos, Alex Mortimer. Pero escucha bien lo que voy a decirte. Si consigues escapar y desaparecer, cualquier mala acción que cometas me convertirá en tu endemoniado enemigo.

—Largo, policía. He tirado una fortuna... ¿qué más quieres? Pude matarte y sigues vivo, ¿qué más quieres?

—Que Dios nos proteja a los dos.

Y con brusquedad, Steve Romero abandonó el coche, cuya portezuela delantera cerró de golpe. El «Plymouth» arrancó en impulso veloz.

Él policía recogió el aderezo y hundidas las manos en los bolsillos caminó pensativo. Como hombre, su conciencia nada le reprochaba. Como policía, era su primer fracaso.

A media tarde llegó a una parada de coches de línea y cuando obscureciendo ya, el autocar dejóle en Sarasoga, el policía Steve Romero había tomado su decisión.

Su honor profesional impedíale afrontar el expediente. Prefería

pagar su torpeza y su pacto con un delincuente, afrontando las balas de otros delincuentes que ni daban ni merecían misericordia.

Telefoneó desde el «Crackers» a la comisaría central, solicitando que acudiera al palco número seis un policía de paisano, para hacerse cargo del aderezo de diamantes. Colgó.

Sorbía el tercer café, cuando un hombre entró en el palco, saludando amistosamente y presentando sus credenciales, dió la contraseña que Romero había especificado por teléfono.

—Una fortuna, compañero —sonrió Romero, tendiendo el aderezo.

—El comisario estaba inquieto; pero el capitán Howard garantizó que un as de la Interpol no iba a dejarse engañar por un maleante vulgar.

—No es un maleante vulgar Alex Mortimer. Bien, me voy a la goleta. Esta servilleta abultando en mi bolsillo es mi señuelo para atraer al hombre que busco.

—Luke Blasini —dijo el agente.

—¿Eh? —y saltó en pie, convulso, Steve Romero.

—Te lo explicará el capitán Howard, compañero. No, no era un vulgar maleante Alex Mortimer.

CAPÍTULO XVI

Alex Mortimer aparcó el «Plymouth» en el muelle entre dos grúas. Insertos los pulgares en el cinto, subió la escalerilla lateral de la goleta.

Hal Kerrigan, cuando estaban los dos en el vestíbulo al pie de los peldaños de escotilla, dijo:

—Buen golpe, Alex. ¿Qué paso con los otros?

—Uno se quedó por el camino y el otro también. Venga la documentación y terminemos cuanto antes mejor.

—No tan de prisa, hombre. Hasta el anochecer no llega...

—Yo tengo prisa y mucha, marinero.

Adosado contra la mampara lateral, en pie, Alex Mortimer, ceñudo, repitió:

—Tengo mucha prisa, y si dentro de cinco minutos no me dan los papeles, me voy.

—Puedes esperar en el comedor.

—Me encuentro muy bien aquí. Y dije a aquel que atisba por la rendija del armario del pasillo que asome del todo o se esconda.

—Es Yegor... Voy arriba a avisar.

—Eso es.

El piloto subió las escaleras, y llegando a cubierta, hizo una señal hacia donde se reunían los tres tripulantes, indicando después la escotilla.

Yegor Krassov abrió del todo la puerta del armario en que se escondía, y dijo:

—Toda precaución es poca, Mortimer.

—Seguro que sí, bestiario. Por ese mismo las tomo yo.

—Iré a avisar al jefe.

—Cuanto antes mejor, bestiario.

Yegor Krassov pasó por delante del *gangster*, calculando las posibilidades de reducir por la fuerza al que no acudía confiadamente, como los otros.

Comprendió que la decisión correspondía a Luke Blasini, y al llegar a cubierta, detuvo el avance de los cuatro cómplices.

—El jefe decidirá, Hal. Esperad a que mientras voy a telefonear que ha llegado con las joyas Mortimer.

Abajo, Alex prestaba atención al menor ruido, obsesionado con

una sola idea fija: ver al que envió a la muerte a Raymond y disparar.

La rudeza viril del policía habíale impresionado y en su mentalidad se operó una transformación. Era cierto que hombres como Steve Romero garantizaban la felicidad de mujeres como Clemy...

Adhirióse más a la mampara al oír un leve crujido al final del pasillo, y sin verlo, adivinó los movimientos de los que se acercaban cautelosamente, mientras sonaban, ruidosas las pisadas de Hal Kerrigan, que bajando anunciaba, campechano:

—Todo en orden, amigo. Ya viene el jefe.

Lobos entre ellos, mordiéndose canallescamente, sin nobleza, viles y mezquinos caracteres, tan distintos al rudo policía, que prefería morir.

Disparó Mortimer contra el piloto, que giró sobre sí mismo, y los pies del que bajaba tras Hal Kerrigan se retiraron prudentemente.

Vació el resto del cargador contra los tres que irrumpían procedentes del pasillo.

Y sintió contra el hombro, contra el pecho, dos mordeduras quemantes, impactos de balas.

Corrió subiendo los peldaños, y al llegar a cubierta, le recibió otra rociada de plomo.

Pero sostenido por un afán de terminar con la tristeza de su alma, que había elegido el mal camino, empujó otro cargador, avanzando hacia Luke Blasini.

Las sirenas de dos coches policiales precedidos por motoristas, creaban el estado de alarma en el muelle de embarcaciones de poco calado.

Luke Blasini cayó arrodillado, velados los ojos, y fueron inútiles ya los postreros disparos de Alex Mortimer, que al caer aplastó con su peso al malherido Luke Blasini.

Steve Romero, junto a la mesa del quirófano, miró al cirujano forense, que denegó con la cabeza.

Ronca la voz, murmuró el policía:

—¿Una transfusión?

Volvió a negar el médico, y Steve Romero, aplicó su diestra abierta sobre los negros cabellos sudorosos del agonizante.

Pestañeó Alex Mortimer, y, turbias, sus pupilas se fijaron en el policía, que trató de sonreír afectuosamente.

Parpadeó como en señal afirmativa el «gangster», y sus lívidos labios modularon espaciosamente en tenue susurro:

—Ya era tarde para enmendar. Pero yo... llegué antes...,

compañero.

Una sonrisa infinitamente triste plasmóse en los labios del «gangster», mientras la diestra del policía estrechaba con fuerza las manos que el agonizante mantenía cruzadas sobre el pecho baleado.

Y tardó Steve Romero en apartarse del muerto.

En el despacho del comisario, el capitán Howard rezongó:

—No le aceptarán la dimisión, muchacho. Nos hacen falta hombres como usted, defendiendo una patria que es el mundo entero, protegiéndola contra canallas como Luke Blasini y Bruno Delaney. Dentro de unos días le pasará la amargura... Le comprendo, muchacho. Es penoso ver que hombres que pudieron ser como nosotros, eligieran mal camino. Pero se redimió en su heroico final Alex Mortimer.

Steve Romero, hundidas las manos en los bolsillos, anduvo largo tiempo rondando las proximidades del «Ring Heaven».

Desistió. ¿Qué iba a decirle a «Bebé» Lyon? Ningún consuelo podía, aportar en aquel caso.

La ley humana se cumplía inexorable. Las puertas del plácido vivir estaban cerradas a los hombres que, como Alex Mortimer, habían olvidado que el alma impone su espiritual castigo.

Pero Alex Mortimer había muerto con viril sacrificio regenerador, permitiendo que otro héroe anónimo continuase laborando en defensa de la patria común: el Mundo.

FIN

Para el teniente McGregor, de la R.A.F. canadiense, fué lo más terrible el que el enemigo le derribara sobre aquella tierra torturada y explosiva, convirtiéndole en un guerrillero más... ¡Lo peor sucedió en el supremo instante en que iba a contraer matrimonio con la mujer amada! Un instante angustioso, fatal y decisivo, porque irrumpieron en el Monasterio las tropas alemanas...

BUSCANDO LA MUERTE

...Cuando, no lejos de allí, esperaba un submarino aliado para llevar a la pareja hacia la seguridad y la paz...



BUSCANDO LA MUERTE

Estremecedora, apasionante y real, esta sensacional novela es una de las mejores y más intensamente emotivas del famosísimo escritor

CLIFF BRADLEY

que le hará a usted vivir y sentir, con el recio y vibrante dinamismo de un filo vertiginoso, las escalofriantes aventuras de unos hombres que vivían...

BUSCANDO LA MUERTE

Recuerde este título porque ha de aparecer en el próximo número de la popular Colección

SERVICIO SECRETO

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 394 - Carlos de Santander.
- DUDÉ DE TÍ
- Núm. 395 - Pili G. Rúa.
- LA DAMA DE LA RUE PIGALLE

APARICIÓN SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 234 - Corín Tellado.
- LA INDECISIÓN DE CRIS
- Núm. 235 - Mary Vidal.
- OTRA PRIMAVERA

APARICIÓN SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 73 - Matilde Redón.
- EXTRAÑA AVENTURA
- Núm. 74 - Josefina María Rivas.
- DOS HOMBRES Y UNA MUJER

APARICIÓN SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

- Núm. 335 - Tex Taylor.
- YO APUESTO POR EL NOVATO
- Núm. 336 - Fidel Prado.
- LA MUERTE ESPERA

APARICIÓN SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 199 - Peter Deby.
- HÉROES SIN NOMBRE
- Núm. 200 - Cliff Bradely.
- BUSCANDO LA MUERTE

APARICIÓN SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 290 - Ana Marcela García.
- CON FULGOR DE ESTRELLAS
- Núm. 291 - Carlos de Santander.
- RENUNCIA A MI AMOR

APARICIÓN SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 120 - André Maure.
- LA PERLA DEL GHARB
- Núm. 121 - Marilyn.
- ENTRE SOMBRAS

APARICIÓN SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION LAUREL

- Núm. 17
- MARQUINA
- Núm. 18
- LORD BYRON

APARICIÓN SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

- Núm. 33 - Cliff Bradely.
- EL VALLE SIN LEY
- Núm. 34 - Rogers Kirby.
- EL MUERTO DEJA INSTRUCCIONES

APARICIÓN SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION CAMELIA

- Núm. 14 - Lia Ramos.
- ¡DELICIOSA!
- Núm. 15 - Corín Tellado.
- LA MUJER DE MI AMIGO

APARICIÓN SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

■ Volumen recientemente aparecido

○ Volumen de próxima aparición

EDITORIAL BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$ 3.50

Notas

[←1]

Teniendo como símil los sudarios de mortaja, la policía norteamericana designa así la pista de atracadores que han causado muertes. (N. del A.).